El fantasma de Canterville

y El crimen de Lord Arthur Savile

Oscar Wilde



pehuén

EL FANTASMA DE CANTERVILLE

I

TODOS LE DIJERON al señor Hiram B. Otis, embajador de Estados Unidos de Norteamérica, que cometía un gran disparate cuando adquirió el castillo de Canterville, porque el lugar estaba embrujado.

Hasta el mismísimo Lord Canterville, como hombre de gran honradez, se creyó en el deber de comunicárselo cuando pactaron las condiciones de venta.

-Nosotros mismos no hemos vuelto a vivir allí -expuso Lord Canterville- desde que a mi anciana tía, la duquesa viuda de Bolton, le dio un ataque, del que no logró recobrarse nunca, a causa del terror que le produjo sentir sobre sus hombros dos manos esqueléticas, cuando estaba vistiéndose para la cena. Me creo también obligado a decirle, señor Otis, que el fantasma ha sido visto por varias personas de la familia, aun en vida, como asimismo por el párroco de la localidad,

el Rdo. P. Augusto Dampier, profesor asociado del King's College de Cambridge. Después del lamentable incidente ocurrido a la duquesa, ninguno de los criados quiso continuar a nuestro servicio, y Lady Canterville muchas noches apenas si logró conciliar el sueño, debido a los ruidos misteriosos que provenían de la galería y la biblioteca.

-Milord -respondió el embajador-, me quedo con el mobiliario y con el fantasma por lo que valgan. Procedo de un país moderno, donde tenemos todo lo que se puede adquirir con dinero y, dada la diligencia de nuestros bravos compatriotas en divertirse por todo el Viejo Mundo y en robarles a ustedes su mejores cantantes y actrices, sospecho que, si hubiera habido algún fantasma en Europa, ya lo tendríamos en Norteamérica, en un museo o en una barraca de feria.

-Temo que el fantasma exista -dijo, sonriendo, Lord Canterville- aunque haya podido resistir hasta ahora a las ofertas de los audaces empresarios norteamericanos. Ha dado pruebas sobradas de su existencia desde hace tres siglos, desde 1584 exactamente; y cada vez que alguna persona de la familia va a morir no deja de aparecer.

-Si vamos a eso, lo mismo hace el médico de la familia, Lord Canterville. Pero, los fantasmas, amigo mío, no existen, y supongo que la Naturaleza no habrá hecho una excepción en favor de la aristocracia inglesa.

-Se ve que ustedes los norteamericanos son muy aficionados a la Naturaleza -contestó Lord Canterville, no alcanzando a comprender exactamente la última observación del señor Otis-; pero tanto mejor si no le importa a usted tener un fantasma en casa. Yo, por mi parte, se lo he advertido. Le ruego que no lo olvide.

Pocas semanas después se legalizó la venta, y al finalizar la temporada el embajador y su familia se trasladaron al castillo de Canterville.

La señora Otis, que de soltera, como Lucrecia R. Tappan (de West 53 Street), había sido una de las bellezas más celebradas de Nueva York, era a la sazón una hermosa señora, de edad madura, con unos ojos magníficos y un perfil soberbio. Muchas damas norteamericanas, cuando abandonan su país natal, adoptan una enfermedad crónica, imaginando que ello es una forma del refinamiento europeo. La señora Otis nunca había caído en este error. Poseía una espléndida constitución y una vitalidad realmente extraordinaria; como que, en muchos sentidos, era absolutamente inglesa y un ejemplo vivo de que, en realidad, hoy día nada nos separa de los Estados Unidos, como no sea el idioma, naturalmente. Su hijo mayor, bautizado con el nombre de Washington por sus padres, en un rapto de patriotismo, que el interesado lamentara toda su vida, era un muchacho rubio y bien parecido, que, dirigiendo el cotillón en el casino de Newport, durante tres años consecutivos, había hecho méritos bastantes para ingresar en la Diplomacia norteamericana, sin contar que aun en el mismo Londres era conocido como un excelente bailarín. Las gardenias y la nobleza eran su única debilidad, por lo demás, extremadamente razonable.

Virginia E. Otis era una muchachita de quince años, esbelta y graciosa como un ciervo y con una dulce expresión de candor al par que de franqueza en sus grandes ojos azules. Era, además, una amazona sorprendente, y en una ocasión había corrido sobre su poney en competencia con el viejo Lord Bilton y, después de dar dos veces la vuelta al parque, le había ganado, llegando ante la estatua de Aquiles con un cuerpo y medio de ventaja, lo que provocó tan gran entusiasmo en el joven duque de Cheshire, que se le declaró en el acto; razón por la cual sus tutores le enviaron a Eton aquella misma noche, hecho un mar de lágrimas.

Después de Virginia, venían los gemelos, a quienes habitualmente les llamaban «las estrellas y las barras»(*) porque estaban siempre dando motivos para que les zurraran. Eran dos niños encantadores y, exceptuando al digno embajador, los únicos republicanos sinceros de la familia.

Como el castillo de Canterville está a siete millas de Ascot, la

* Nombre familiar que se da en los EE.UU. a la bandera nacional.

estación del ferrocarril más próxima, el señor Otis había telegrafiado que enviaran un coche, en el que montaron todos rebosantes de alegría. Era un atardecer de julio delicioso, y el aire estaba saturado del aroma de los pinos. De vez en cuando, se oía el dulce arrullo de las palomas y entre los helechos susurrantes se entreveía la bruñida pechuga de un faisán. Ardillas diminutas les atisbaban al paso desde las hayas, y los conejos huían precipitadamente entre la maleza y cuesta arriba de las lomas musgosas, con el rabillo tieso. Pero cuando entraron en la avenida del castillo de Canterville el cielo se encapotó inesperadamente. Una extraña quietud pareció invadir la atmósfera; una gran bandada de cornejas pasó silenciosamente sobre sus cabezas y, antes -de llegar al castillo, comenzaron a caer gruesas gotas de lluvia.

De pie en la escalinata, les aguardaba una anciana, pulcramente ataviada con un vestido de seda negra y una cofia y un delantal blanco. Era la señora Umney, el ama de llaves, en cuyo puesto había sido respetada por la señora Otis, en atención a las reiteradas instancias de Lady Canterville. La señora Umney, a medida que iban, bajando, les saludaba con una profunda reverencia, diciendo de la manera más primorosa, a la antigua usanza: «Bienvenido sea al castillo de Canterville».

Atravesaron en pos de ella el magnífico vestíbulo Tudor y entraron en la biblioteca, una habitación grande, baja de techo y revestida de roble oscuro, con una amplia vidriera de colores al fondo. El té estaba servido y, una vez que se hubieron despojado de los abrigos de viaje, se sentaron y comenzaron a mirar en torno, mientras la señora Umney les servía.

De pronto, la señora Otis percibió sobre el suelo, junto a la chimenea, una mancha de un rojo oscuro, y sin darse cuenta de lo que realmente significaba, preguntó a la señora Umney:

-Parece como si se hubiera derramado algo ahí.

-Sí, señora -replicó la anciana, en voz queda-, se derramó sangre...

-¡Qué horror! -exclamó la señora Otis-. No está bien que haya manchas de sangre en un salón. Es preciso limpiarla inmediatamente.

La anciana sonrió y, en el mismo tono grave y misterioso, añadió:

-Es la sangre de Lady Eleonora de Canterville, que fue asesinada por su propio marido en ese mismo sitio, el año 1575. Sir Simón la sobrevivió nueve años y desapareció repentinamente del modo más misterioso. No se logró encontrar su cuerpo, pero su alma en pena continúa rondando por el castillo. La mancha de sangre ha sido muy admirada por los turistas y visitantes, pero es imposible hacerla desaparecer.

-¡Qué tontería! -exclamó Washington Otis-. El quitamanchas Campeón, marca Pinkerton, la hará desaparecer al momento.

Y antes de que la aterrorizada anciana hubiera podido intervenir, se hincó de rodillas y comenzó a restregar el piso con una barrita que parecía de cosmético negro. Al cabo de unos instantes, no quedaba el menor rastro de la mancha de sangre.

-Ya sabía yo que el Pinkerton es infalible -exclamó Washington en tono de triunfo, mirando en torno suyo a la familia, que le admiraba como correspondía. Pero no había acabado de pronunciar estas palabras, cuando un relámpago formidable iluminó el oscuro aposento y un trueno pavoroso los hizo a todos ponerse en pie estremecidos, en tanto que la señora Umney se desmayaba.

- ¡Qué clima tan horrible! -dijo el embajador, encendiendo tranquilamente un enorme cigarro-. Supongo que estos viejos países están tan superpoblados que no puede haber buen tiempo para todos. Siempre he pensado que la emigración es el único recurso para Inglaterra.

-Querido Hiram -exclamó la señora Otis-. ¿Qué vamos a hacer con una mujer que se desmaya?

-Cargárselo en cuenta con los platos rotos -contestó el embajador-. Te aseguro que no volverá a desmayarse.

Y, en efecto, pocos momentos después la señora Umney volvió en sí. Pero no había duda que estaba extraordinariamente emocionada, y con voz serena advirtió al señor Otis que se preparase a presenciar calamidades en el castillo.

-He visto, señor -prosiguió-, cosas con mis propios ojos, que

pondrían los pelos de punta al más cristiano, y durante noches y noches no he podido dormir a causa de los horrores que aquí suceden.

Pero el señor Otis y su señora aseguraron a la buena mujer que no tenían miedo a los fantasmas, en vista de lo cual, después de invocar las bendiciones de la Providencia para sus nuevos señores y preparar las cosas para una próxima petición de aumento de sueldo, la anciana ama de llaves se dirigió con paso vacilante hacia su cuarto.

II

TODA LA NOCHE rugió furiosamente la tormenta, pero nada de particular ocurrió.

A la mañana siguiente, sin embargo, cuando bajaron a desayunar, se encontraron de nuevo con la terrible mancha de sangre en el suelo.

-No creo que sea la culpa del Quitamanchas Pinkerton -dijo Washington-, pues nunca ha fallado. Debe ser el fantasma.

Frotó, entonces, la mancha por segunda vez, pero sin mejor éxito, porque a la mañana siguiente reapareció. Y allí estaba la tercera mañana, a pesar de que el señor Otis en persona cerró la biblioteca la noche anterior, llevándose la llave a su habitación.

Ello fue causa de que la familia en masa se interesara en extremo. El señor Otis comenzó a sospechar que quizás había sido demasiado dogmático al negar la existencia de los fantasmas; la señora Otis manifestó su intención de afiliarse a la Sociedad Psíquica, y Washington preparó una extensa carta a los señores Myers y Podmore(*) sobre la persistencia de las manchas de sangre relacionadas con un crimen. Aquella noche se desvanecieron definitivamente todas las dudas que hubieran podido quedar respecto a la existencia objetiva de los fantasmas.

Había sido una jornada calurosa y de sol y, aprovechando el frescor del atardecer, toda la familia salió a dar un paseo en coche. No volvieron a casa hasta las nueve y cenaron ligeramente. La conversación no giró en modo alguno alrededor de los fantasmas. No había, por tanto, ni siquiera esas condiciones primarias de expectación y receptividad que tan a menudo preceden a las manifestaciones de los fenómenos psíquicos. Los temas de discusión, según me informó después el señor Otis, habían sido los de costumbre tratándose de norteamericanos cultos de la clase alta, tales como la inmensa superioridad como actriz de Miss Fanny Davenport sobre Sarah Bernhardt; la dificultad de obtener maíz tierno, pan de trigo y polenta, aun en las casas inglesas más distinguidas; la importancia de Boston en el desarrollo del alma universal; las ventajas del sistema de facturación de equipajes en los viajes por ferrocarril y la dulzura del acento neoyorquino, comparada con la balbuciente pronunciación londinense. Ni la más ligera alusión a las cosas sobrenaturales, ni mención alguna de Sir Simón de Canterville. A las once, toda la familia se retiró a sus habitaciones y a las once y media estaban apagadas todas las luces. Poco después, el señor Otis fue despertado por un extraño ruido en el pasillo. Era como un rechinar de metales y parecía aproximarse gradualmente. Se levantó, encendió una cerilla y consultó el reloj. Era la una en punto. Se sentía absolutamente tranquilo y, tomándose el pulso, pudo comprobar que no tenía la menor fiebre. Sin embargo, el ruido proseguía y al mismo tiempo se oyó distintamente un resonar de pasos. Calzándose las zapatillas, cogió un frasquito alargado de su estuche de aseo y abrió la puerta. Justamente frente a él, al claror de la luna vio a un anciano de aspecto pavoroso. Sus ojos eran rojos como carbones encendidos; largos cabellos en desgreñados rizos grises caían sobre sus hombros; sus vestiduras eran de corte antiguo y estaban polvorientas y andrajosas, y de sus muñecas y tobillos colgaban cadenas y grilletes enmohecidos.

-Querido señor -dijo el señor Otis-: permítame recomendarle engrase esas cadenas, para lo cual le ruego acepte esta botellita de lubricante Tammany Sol Naciente. Aseguran que es eficacísimo y

*Autores de los Fantasmas del salón, obra sobre alucinaciones telepáticas.

que basta una sola aplicación. En la etiqueta constan varios testimonios de nuestros más prestigiosos teólogos. Se lo dejaré aquí, al lado de las palmatorias y, si necesita usted más, tendré mucho gusto en procurárselo.

Apenas pronunciadas estas palabras, el embajador de los Estados Unidos colocó el frasco sobre un velador de mármol y, después de cerrar la puerta, se retiró a descansar.

Por un momento, el Fantasma de Canterville permaneció inmóvil, presa de una fuerte indignación; después, arrojando violentamente la botellita contra el suelo, huyó por el pasillo, lanzando profundos gemidos y despidiendo una siniestra luz verdosa. Pero, al llegar al rellano de la escalera principal se abrió de repente una puerta. Aparecieron dos figuras blancas, ¡y una almohada salió proyectada hacia su cabeza! Evidentemente, no había tiempo que perder. Adoptando, entonces, con toda premura, la cuarta dimensión del espacio como medio defensivo se desvaneció a través del muro y la casa quedó de nuevo en silencio.

Al llegar a una reducida cámara secreta, situada en el ala izquierda del castillo, se apoyó en un rayo de luna para recobrar aliento y comenzó a meditar sobre su situación. Jamás en su brillante e ininterrumpida carrera de trescientos años había sido insultado tan groseramente.

Pensó en la duquesa viuda, a quien había aterrorizado hasta el punto de hacerla desmayarse, en el momento en que se contemplaba ante el espejo, cubierta de encajes y diamantes; en las cuatro doncellas que habían sufrido un ataque de nervios, simplemente por haberles hecho unas cuantas muecas a través de los visillos de uno de los dormitorios para invitados; en el párroco de la localidad a quien había apagado de un soplo la vela con que se alumbraba y que desde entonces quedara al cuidado de Sir William Gull, víctima de un desequilibrio nervioso; y en aquella anciana Madame de Tremoiullac, que, al despertar una mañana temprano, se encontró en su cuarto con un esqueleto sentado en un sillón, junto al fuego, leyendo su diario de vida, lo que la tuvo recluída en el lecho durante seis semanas con un acceso de fiebre cerebral y la hizo, una vez restablecida, reconciliarse con la Iglesia y abandonar todo comercio con el famoso escéptico Monsieur de Voltaire. Recordó la noche terrible en que se encontró medio ahogado en su habitación al malvado Lord Canterville, con la sota de diamantes hundida en el gaznate, confesando, poco antes de morir, que había estafado unas 50.000 libras a Charles James Fox, por medio de aquella misma carta, y jurando que era el Fantasma quien se la había hecho tragar.

Todas sus memorables hazañas se le venían a la memoria; desde la del mayordomo que se pegó un tiro en la despensa por haber visto una mano verde llamar al cristal de la ventana, hasta la de la bella Lady Stutfield, a quien condenó a llevar continuamente una cinta de terciopelo negro alrededor del cuello, para ocultar la huella de cinco dedos marcados como a fuego sobre su nítida piel, y que acabó por suicidarse en el estanque de carpas situado al final de la Avenida del Rey. Con todo el egotismo entusiasta del verdadero artista, pasó revista a los hechos más notables de su vida y sonrió amargamente para sí mismo al recordar su última aparición en el papel de Rubén el Rojo o el Niño estrangulado, su debut en Gibeon el Flaco o el Vampiro del Páramo de Bexley, y el éxito que había tenido un delicioso atardecer de junio, jugando simplemente a los bolos con sus propios huesos en el campo de tenis.

¡Y que, después de todo esto, viniesen unos infames yanquis a la moderna, a ofrecerle el lubricante Sol Naciente y a tirarle almohadas a la cabeza! La cosa era absolutamente intolerable. Sin contar que no se registraba en la historia un solo caso de fantasma que hubiese sido tratado tan descortésmente. Decidió, por tanto, vengarse. Y allí se estuvo, hasta que apuntó el día en actitud de profunda meditación.

III

A LA MAÑANA SIGUIENTE, cuando la familia Otis bajó a desayunar, se discutió detenidamente a propósito del Fantasma. El embajador de los Estados Unidos estaba lógicamente un tanto molesto, al ver que el Fantasma no se había dignado aceptar su presente.

-No me guía -declaró- el menor deseo de molestar personalmente al Fantasma y debo comunicarles que, considerando el mucho tiempo que ha vivido en esta casa, me parece poco correcto que se le arrojen almohadas al pasar. Observación muy justa, que, lamento decirlo, hizo estallar en carcajadas a los gemelos.

-Por otra parte -prosiguió-, si continúa negándose a utilizar el lubricante Sol Naciente, nos veremos en el duro trance de tener que privarle de sus cadenas. Porque, con un ruido semejante, sería imposible dormir.

Pero en toda la semana no volvieron a ser molestados.

Lo único que les intrigaba era la renovación continua de la mancha de sangre en el piso de la biblioteca. Era realmente extraño, pues por la noche siempre cerraba el señor Otis con llave la puerta y trancaba las ventanas cuidadosamente. También la rara mutabilidad de la mancha, que, semejante a un camaleón, cambiaba de color con frecuencia, provocó numerosos y variados comentarios.

Unas mañanas era de un rojo oscuro, casi cobrizo; otras, tornábase bermellón; más tarde, de un púrpura violento; y en una ocasión, en que se reunieron para decir las oraciones familiares, con arreglo a los simples ritos de la Iglesia Episcopal Reformada Norteamericana Independiente, la encontraron de un brillante verde esmeralda.

Estos cambios caleidoscópicos regocijaban a la familia extraordinariamente, y con ese motivo se cruzaban apuestas todas las noches. La única persona que no tomaba parte en estas bromas era la dulce Virginia, que, por razones explicables, se sentía muy afligida cuando veía la mancha de sangre, y la mañana que apareció verde esmeralda estuvo a punto de llorar.

El Fantasma hizo su segunda aparición el domingo por la noche.

Hacía poco que se había acostado toda la familia, cuando se produjo una gran alarma, causada por un estrépito horroroso procedente del vestíbulo. Bajaron precipitadamente y se encontraron con que una gran armadura se había desplomado y todas las piezas estaban desperdigadas por el piso, mientras el Fantasma de Canterville se frotaba las rodillas con expresión de agudo dolor. Los gemelos, que llevaban consigo sus cerbatanas, le dispararon dos proyectiles con esa puntería que sólo se adquiere mediante una larga y concienzuda práctica contra el profesor desde los pupitres de la escuela. Mientras tanto el embajador de los Estados Unidos le apuntaba con su revólver y, con arreglo a la fórmula californiana, le invitaba a levantar las manos en alto.

El Fantasma se incorporó bruscamente, con un alarido de rabia y se desvaneció ante sus ojos como una niebla, apagando al pasar la vela que llevaba Washington Otis y dejándolos sumidos en la más completa oscuridad.

Al llegar a lo alto de la escalera, ya recobrado, se decidió a ensayar su célebre y satánica carcajada, que en más de una ocasión le fuera extremadamente útil.

Se cuenta que bastó para hacer encanecer en una sola noche la peluca de Lord Raker y fue sin ningún género de duda causa de que renunciasen, antes del mes reglamentario, tres institutrices francesas de Lady Canterville.

Lanzó, entonces, su más horrenda carcajada, hasta hacer resonar las viejas bóvedas; pero, apenas se habían extinguido tan pavorosos ecos, cuando se abrió una puerta y apareció la señora 0tis, envuelta en una bata celeste.

-Temo que se encuentre usted indispuesto -dijo. Aquí le traigo un frasco de tintura del Dr. Dobell. Si se trata de una indigestión verá usted cómo le alivia.

El Fantasma le lanzó una mirada furiosa y comenzó a hacer los

preparativos necesarios para transformarse en un enorme perro negro, hazaña que le había procurado justa fama y a la que siempre atribuyó el médico de la familia la idiotez incurable del tío de Lord Canterville, el honorable Tomás Horton. Pero un rumor de pasos que se aproximaban, le hizo desistir de sus diabólicos propósitos. Se contentó con hacerse vagamente fosforescente, desvaneciéndose al fin con un tétrico gemido, en el momento en que los gemelos se le venían ya encima.

Al entrar en sus habitaciones, se sintió profundamente abatido y cayó presa de la más violenta agitación. La vulgaridad de los gemelos y el grosero materialismo de la señora Otis eran sin duda extraordinariamente desagradables; pero lo que más le afligía era el no poder ya soportar la cota de mallas. Había contado con que, aun tratándose de norteamericanos a la moderna, la aparición de un espectro armado les haría estremecerse, aunque sólo fuera por respeto al poeta nacional Longfellow (*), cuya poesía graciosa y sugestiva en más de una ocasión le había ayudado a matar el tiempo, cuando los Canterville estaban en la ciudad. Además, se trataba de su propia armadura. La había llevado con gran éxito en el torneo de Kenilworth, donde fue elogiado nada menos que por la misma Reina Virgen.(**) Pero cuando quiso ponérsela se había sentido materialmente aplastado bajo el peso de la coraza y del yelmo de acero y había caído pesadamente sobre el piso, desollándose las rodillas y lastimándose los nudillos de la mano derecha.

Durante algunos días estuvo muy enfermo y sólo se movió de su habitación para mantener la mancha en buen estado. No obstante, a fuerza de cuidados, acabó por restablecerse. Decidió hacer una tercera tentativa para aterrorizar al embajador de Estados Unidos y familia. Escogió para su aparición el viernes 17 de agosto y dedicó la mayor parte del día a revisar su guardarropa. Se decidió al fin por un doblado

**Isabel I de Inglaterra (1533-1603), hija de Enrique VIII y de Ana Bolena.

sombrero de pluma roja, un sudario rizado en las muñecas y el cuello y un puñal herrumbroso.

Al anochecer se desencadenó una terrible tormenta. El viento era tan fuerte, que todas las puertas y ventanas de la antigua mansión crujían y retemblaban. El tiempo, en suma, le convenía.

Su plan era el siguiente: se introduciría sigilosamente en el cuarto de Washington Otis, le farfullaría unas palabras indistintas desde los pies de la cama y le hundiría tres veces el puñal en la garganta, al son de una música en sordina. Profesaba particular ojeriza a Washington, porque sabía que era él quien hacía desaparecer obstinadamente la famosa mancha de sangre por medio del Quitamanchas Campeón.

Después de haber reducido al insensato y temerario joven a un estado de terror abyecto, se dirigiría a la habitación que ocupaban el embajador de los Estados Unidos y su esposa. Una vez allí posaría una mano viscosa sobre la frente de la señora Otis, mientras murmuraría al oído de su trémulo cónyuge los secretos terribles del osario.

Con respecto a Virginia, aún no tenía pensado nada. Nunca le había dirigido el menor insulto y, además, ¡era tan bonita y tan dulce! Algunos gruñidos cavernosos desde el ropero, pensó, serían más que suficiente; pero, si no lograban despertarla, siempre podría arañar la colcha con dedos retorcidos por la parálisis.

En cuanto a los gemelos, estaba absolutamente decidido a darles una lección. En primer lugar, se sentaría sobre sus pechos, para darles una sensación angustiosa de pesadilla; luego, como sus camas estaban una junto a otra, se situaría entre ellas, bajo la forma de un cadáver verdoso y glacial, y allí permanecería hasta dejarlos petrificados de terror; por último, se despojaría del sudario y se arrastraría alrededor de la alcoba, transformado en un esqueleto, con un solo ojo girándole en la órbita, en el papel de Daniel el Mudo o el Esqueleto del Suicida,

*Henry W. Longfellow (1807-1882), poeta romántico norteamericano. Su obra está compuesta principalmente por poemas líricos e idílicos. Publicó El esqueleto en su coraza, inspirado en el descubrimiento de un esqueleto acorazado en Newport.

que más de una vez produjera sensación. Realmente era tan admirable como su famosa interpretación de Martín el Maniático o el Misterio Enmascarado.

A las diez y media, oyó que la familia se retiraba a descansar. Durante algún tiempo se sintió inquieto por los alaridos y la risa de los gemelos que, con la natural alegría de los colegiales, jugaban un rato antes de dormir. A las once y cuarto todo quedó en reposo y cuando sonó medianoche se puso en marcha. El buho golpeaba los vidrios de las ventanas, el cuervo graznaba desde el tejo, árbol secular, y el viento vagaba alrededor del castillo, gimiendo como un alma en pena. La familia Otis dormía inconsciente de su destino y, a pesar de la lluvia y los truenos se oían los sonoros ronquidos del embajador norteamericano. Deslizóse el Fantasma furtivamente a través del entablamento y una sonrisa proterva se dibujó en sus labios crueles y arrugados. La luna ocultó su rostro tras una nube cuando le vio pasar ante el mirador grande, donde sus propias armas y las de su esposa asesinada se destacaban en azul y oro. Como una sombra maligna siguió adelante, y las mismas tinieblas parecían retroceder a su paso. Hubo un momento en que creyó oír que le llamaban, y se detuvo; mas era un perro que ladraba desde la Granja Roja. Prosiguió su camino, murmurando extrañas maldiciones del siglo XVI y blandiendo a diestra y siniestra su enmohecido puñal en medio de la noche.

Por fin llegó al ángulo del corredor que conducía a la habitación del infortunado Washington. Allí, se detuvo un momento. El viento agitaba sus largos mechones grises alrededor de su cabeza y retorcía en los más grotescos y fantásticos pliegues el horror indecible de su sudario. En aquel momento sonaron en el reloj las doce y cuarto y sintió que había llegado la hora. Riendo entre dientes, dobló la esquina del corredor, pero, apenas lo había hecho, retrocedió lanzando un lastimero gemido de terror y ocultando el rostro lívido entre sus manos largas y huesudas. ¡He aquí que ante él se erguía un horrible espectro, inmóvil como una estatua, monstruoso como la pesadilla de un loco! Su cabeza era calva y reluciente, y su rostro redondo, adiposo y lívido; una risa espantosa parecía haber contraído sus rasgos en una mueca eterna. Sus ojos despedían rayos de luz escarlata, la boca parecía un abismo de fuego y un traje horrible, semejante al suyo, envolvía en su nieve silenciosa aquella forma de titán. Colgaba de su pecho un cartel con una extraña inscripción en caracteres antiguos. Algún estigma de vergüenza, sin duda, acaso una relación de horrendos pecados, un monstruoso calendario de crímenes quizás. Con su mano derecha, mantenía en alto una cimitarra de deslumbrante acero.

Como hasta entonces no había visto un fantasma, se sintió lógica y terriblemente amedrentado. Después de lanzar otra ojeada rápida al horroroso espectro, huyó hacia su habitación, pisándose el sudario y dando traspiés según corría por los pasillos, acabando por perder el puñal herrumbroso, que fue a caer dentro de una de las grandes botas del embajador, donde lo encontró a la mañana siguiente el mayordomo. Una vez que se hubo refugiado en su cuarto, se arrojó sobre el jergón de su lecho y ocultó la cabeza entre las sábanas. Poco después, sin embargo, recobró el legendario valor de los Canterville y decidió hablar al otro fantasma, tan pronto como amaneciera.

En consecuencia, apenas la aurora plateaba la cima de los montes, se dirigió hacia el sitio en que sus ojos habían contemplado por primera vez al espantoso fantasma, pensando que, después de todo, dos fantasmas valían más que uno y que, con la ayuda de su nuevo amigo, podría luchar más confiadamente contra los gemelos. Pero, cuando hubo llegado, un espectáculo desolador se ofreció a sus ojos. Evidentemente, algo le había sucedido al espectro, pues la luz había huido de las cuencas de sus ojos, el alfanje relumbrante había caído de sus manos y su cuerpo se apoyaba contra el muro en una actitud incómoda y violenta.

Se precipitó hacia el espectro y le cogió en sus brazos, quedando horrorizado al ver que su cabeza se desprendía y rodaba por el suelo, mientras el cuerpo se desplomaba y él, el auténtico, se daba cuenta de que estaba abrazado a una cortina blanca y que una escoba, una cuchilla de cocina y una calabaza ahuecada yacían a sus pies. Incapaz de

comprender tan curiosa transformación, se apoderó del cartel con mano febril y, a la indecisa claridad del alba, leyó estas terribles palabras:

El fantasma Otis.
Único espectro verdadero
y original.
Desconfiad
de las imitaciones.
Todos los otros son
una falsificación.

En un relámpago de perspicacia, comprendió toda la verdad. ¡Había sido burlado, mistificado, ultrajado! El mirar de los antiguos Canterville reapareció en sus ojos. Apretó con rabia sus desdentadas mandíbulas y, elevando al cielo sus manos descarnadas, juró, con arreglo a la fórmula pintoresca de la antigua escuela, que cuando el canto optimista del gallo sonara dos veces sucedería algo tremendo y la muerte saldría de su guarida con pies silenciosos.

Apenas había acabado de pronunciar tan terrible juramento, cuando del rojo tejado de una alquería lejana se elevó el canto de un gallo. Rió prolongada y quedamente, con risa amarga, y esperó. Hora tras hora permaneció esperando. Pero el gallo, no se sabe por qué misteriosas razones, no volvió a cantar. Por fin, a eso de las siete y media, la llegada de las criadas le hizo renunciar a su pavorosa vigilia y regresó a su habitación, meditando sobre sus vanas esperanzas y sus fallidos propósitos.

Una vez allí, consultó antiguos libros de caballería, a los que era muy aficionado, y pudo comprobar que el gallo había cantado dos veces siempre que se empleó tal juramento.

«¡El diablo cargue con ese maldito avechucho! -murmuró-. En mis buenos tiempos, me hubiera precipitado contra él, lanza en ristre, y le hubiera hecho cantar de nuevo, aunque fuese en las agonías de la muerte».

Dicho esto, se retiró a un confortable ataúd de plomo, y allí permaneció hasta el anochecer.

IV

Al día siguiente, el Fantasma se sentía muy débil y fatigado. La vida de excitación que llevaba desde hacía cuatro semanas comenzaba a surtir sus efectos. Tenía los nervios completamente desquiciados y el menor ruido le hacía sobresaltarse.

Durante cinco días permaneció en sus habitaciones, decidiéndose por último a renunciar a la mancha de sangre en la biblioteca. Si a los Otis no les gustaba, es que indudablemente eran indignos de ella. Era, sin duda alguna, gente que vivía en un nivel de vida inferior y materialista, incapaces de apreciar el valor simbólico de los fenómenos sensibles. La cuestión de las apariciones y el desarrollo de los cuerpos astrales era ya otra cosa, realmente fuera de su radio de acción. Era deber suyo ineludible manifestarse en la galería una vez por semana y farfullar desde el ancho mirador todos los viernes primero y tercero de cada mes, y la verdad es que no veía medio de eludir honrosamente sus obligaciones. Es Cierto que su vida había dejado mucho que desear, pero, en cambio, era extremadamente escrupuloso en todo lo relacionado con lo sobrenatural.

Consecuentemente, durante los tres sábados que siguieron, cruzó la galería como de costumbre, entre media noche y las tres de la madrugada, tomando todo género de precauciones para no ser visto ni oído. Quitándose las botas, caminaba lo más levemente que podía sobre el viejo entarimado carcomido. Se ponía una amplia capa de terciopelo negro que le cubría por completo, y tenía buen cuidado de engrasar las cadenas con el lubricante Sol Naciente. Fuerza es reconocer que sólo tras prolongadas vacilaciones se decidió a adoptar este último medio de protección, aprovechando una noche que la familia se hallaba reunida en el comedor para deslizarse en la alcoba del señor Otis y hurtar el frasco.

En un principio se sintió algo humillado, pero luego fue lo suficientemente razonable para comprender que aquel invento merecía

todos los elogios y que, en cierto modo, favorecía sus planes. Pero, a pesar de su irreprochable conducta, no le dejaban tranquilo.

Le ponían cuerdas atravesadas en el pasillo que le hacían tropezar en la oscuridad y, en una ocasión que se había ataviado para el personaje de Isaac el Negro o el Cazador de los Bosques de Hogley, se dio un tremendo batacazo al pisar una rebanada de mantequilla que habían puesto los gemelos a la entrada de la Estancia de los Tapices, en el descanso superior de la escalera. Este último agravio le irritó de tal modo, que decidió hacer un último esfuerzo para afirmar su dignidad y situación social, resolviendo visitar a los dos muchachos la noche próxima en su famoso papel de Ruperto el Temerario o el Conde Descabezado.

Hacía más de setenta años que no había usado este disfraz. Desde el día en que había asustado de tal manera a la encantadora Lady Bárbara Modish, que la hizo romper sus relaciones con el bisabuelo del actual Lord Canterville y fugarse a Gretna Green con el apuesto Jack Castleton, después de declarar que por nada del mundo accedería a formar parte de una familia que permitía a un fantasma tan horrible pasearse por la terraza al anochecer. El pobre Jack fue muerto poco después por Lord Canterville en un duelo a pistola efectuado en Wandsworth, en tanto que Lady Bárbara moría de dolor en Tunbridge Wells antes de que transcurriera un año; de manera que había sido por todos conceptos un éxito completo. Era, sin embargo, un papel de muy difícil caracterización, si se me permite emplear semejante expresión escénica en relación con uno de los más grandes misterios de lo sobrenatural, o para hablar en términos más científicos, del mundo extrafísico. Necesitó más de tres horas para llevar a cabo todos los preparativos.

Al fin, todo estuvo listo, y la verdad es que quedó muy contento de su apariencia. Las grandes botas de montar, que hacían juego con el traje, le estaban un tanto holgadas, y sólo logró encontrar una de las dos pistolas de palo. En conjunto, quedó bastante satisfecho, y a la una y cuarto en punto se filtró a través de la pared en dirección a la galería. Al llegar a la habitación ocupada por los gemelos, llamada la Alcoba Azul, por el color de sus colgaduras, se encontró con la puerta justamente entornada. Deseando hacer una entrada sensacional la abrió bruscamente de par en par, recibiendo a continuación un gran jarro de agua que le caló hasta los huesos, faltando muy poco para que le hundiera el hombro izquierdo.

Acto seguido oyó unas risas ahogadas procedentes del lecho. Sus nervios sufrieron una sacudida tan violenta que huyó hacia su habitación lo más de prisa que pudo y al día siguiente se vio obligado a guardar cama a consecuencia de un fuerte resfriado.

Lo único que le consolaba en todo aquello era el no haber llevado consigo su cabeza, pues, de haberlo hecho, las consecuencias hubieran podido ser mucho más serias.

Renunció desde entonces a toda esperanza de amedrentar a aquella grosera familia norteamericana y se limitó a recorrer los pasillos calzado de silenciosas babuchas, con una espesa bufanda roja liada al cuello, por temor a las corrientes, y armado de un arcabuz en previsión de posibles agresiones de los gemelos.

Pero aún faltaba el golpe de gracia, que sobrevino el 19 de septiembre. Había bajado al vestíbulo pensando que allí por lo menos estaría seguro de no ser molestado, y se distraía haciendo irónicas observaciones sobre las grandes fotografías Saroni del embajador de los Estados Unidos y su esposa, que ocupaban ahora el lugar de los antiguos retratos de familia de los Canterville. Iba vestido sencilla pero decorosamente, con un amplio sudario maculado por el verdín de los cementerios. Se había sujetado las mandíbulas con una tira de lienzo amarillo y llevaba consigo una linterna sorda y un azadón de sepulturero. En una palabra, iba ataviado de Jonás el Insepulto o el Ladrón de cadáveres de la Granja de Chertsey, una de sus más notables creaciones, que por más de un motivo jamás olvidarían los Canterville, pues fue la verdadera causa de la querella que tuvieron con su vecino Lord Rufford.

Eran, poco más o menos, las dos y cuarto de la madrugada y, al

parecer, todo reposaba en el castillo. Sin embargo, cuando se dirigía hacia la biblioteca para ver si quedaba algún rastro de la mancha de sangre, de repente se destacaron de un rincón oscuro dos sombras, que, agitando Curiosamente los brazos sobre sus cabezas, se le vinieron encima, gritándole al oído: ¡BUU...!

Presa de un terror pánico, cosa nada extraña en semejantes circunstancias, se precipitó hacia la escalera, donde le aguardaba Washington Otis con la gran manguera de riego. Al verse así acorralado por sus enemigos, se desvaneció a través de la estufa de hierro, que, afortunadamente para él, no estaba encendida, y a través de las tuberías y conductos de humo tuvo que abrirse camino hasta su cuarto. Llegó en un estado terrible de suciedad, desorden y desesperación.

Después de lo sucedido, no volvió a emprender ninguna nueva expedición nocturna. Los gemelos le estuvieron acechando en varias ocasiones y sembraron los corredores con cáscaras de nuez, noche tras noche, con gran indignación de sus progenitores y de los criados; pero todo fue en vano. Era evidente que su amor propio se sentía tan mortificado que había decidido no reaparecer. El señor Otis volvió, por tanto, a enfrascarse en su gran obra sobre la historia del Partido Demócrata, que comenzara hacía tres años; la señora Otis organizó un picnic, que fue el asombro de toda la comarca; los muchachos se dedicaron a jugar al lacrosse, al eucbre, al poker y demás juegos nacionales de Norteamérica, y Virginia a pasear a caballo por los alrededores, en compañía del duquesito de Cheshire, que vino a pasar en el castillo de Canterville la última semana de vacaciones. Era opinión general que el Fantasma había desaparecido, y con este motivo el señor Otis escribió una carta a Lord Canterville, quien le contestó congratulándose de la noticia y enviando sus mejores saludos a la digna esposa del embajador.

Se equivocaban, sin embargo, los Otis. El Fantasma seguía habitando el castillo. Aunque inválido por el momento, no se sentía de ningún modo dispuesto a que las cosas quedaran así. Menos ahora, cuando supo que entre los invitados se encontraba el duquesito de Cheshire, cuyo tío abuelo, Lord Francis Stilton, había apostado en una ocasión cien guineas con el coronel Carbury a que jugaría a los dados con el Fantasma de Canterville, hallándosela al día siguiente tendido en el suelo de la sala de juego, con un ataque de parálisis tal, que, aunque llegó a una edad avanzada, no pudo desde entonces pronunciar otra palabra que «¡El seis doble!». El caso fue muy comentado en su tiempo, aunque, como es natural, por respeto a los sentimientos de dos familias linajudas, se hizo todo lo posible por ocultarlo. Se puede hallar una relación minuciosa de todas las circunstancias relacionadas con este asunto en el tercer tomo de las Memorias de Lord Tattle sobre el Príncipe Regente y sus Amigos. El Fantasma, por tanto, se sentía naturalmente anheloso de demostrar que no había perdido su influencia sobre los Stilton, a los que, además, le unía un lejano parentesco, pues una prima hermana suya había estado casada en segundas nupcias con el señor de Bulkeley, del que, como todo el mundo sabe, descienden en línea recta los duques de Cheshire.

Hizo, en consecuencia, todos sus preparativos para aparecerse al enamorado de Virginia en su famosa creación de El Monje Vampiro o el Benedictino Exangüe, interpretación tan horrible, que cuando la anciana Lady Startup la presenció una noche fatal del Año Nuevo de 1764, estalló en los más penetrantes alaridos, que culminaron en un violento ataque de apoplejía, falleciendo a los tres días, después de desheredar a los Canterville, sus parientes más próximos, y de legar toda su fortuna a su farmacéutico de Londres.

A última hora, sin embargo, el terror que le inspiraban los gemelos, hizo que no abandonara sus habitaciones y el duquesito pudo dormir en paz bajo el dosel de plumas del dormitorio real y soñar tranquilamente con Virginia.

V

Pocos días después, Virginia y su enamorado caballero salieron a pasear por las praderas de Brockley, donde, al franquear una valla, se desgarró la muchacha de tal manera el vestido que al volver a casa decidió subir por la escalera interior, a fin de no ser vista. Al pasar corriendo ante la Estancia de los Tapices, como diera la casualidad de que la puerta estuviese abierta, le pareció ver a alguien en el interior y pensando que podía ser la doncella de su madre, entró con la idea de pedirle que le cosiera el traje. Pero, con gran sorpresa suya, se encontró con el Fantasma de Canterville en persona. Estaba sentado junto a la ventana contemplando el oro marchito de los árboles otoñales y las hojas cobrizas que danzaban frenéticamente avenida abajo en brazos del viento. Tenía la cabeza apoyada en una mano y toda su actitud expresaba el más profundo abatimiento.

Tan decaído y tan postrado era su aspecto que Virginia, cuya primera idea había sido correr a encerrarse en su cuarto, se sintió apiadada y decidió tratar de consolarle. Pero era su andar tan ligero y tan profunda la melancolía del Fantasma, que éste no se dio cuenta de su presencia hasta que Virginia le habló.

-Crea usted que siento mucho todo lo sucedido -comenzó-, pero mis hermanos vuelven a Eton mañana y de aquí en adelante, si se porta usted bien, nadie le molestará.

-Es absurdo aconsejarme que me porte bien -contestó el Fantasma, mirando; lleno de sorpresa a la encantadora muchacha que se había aventurado a interpelarle-. Completamente absurdo. Yo necesito hacer rechinar mis cadenas, gemir a través de las cerraduras y pasearme durante la noche, si es a esto a lo que usted se refiere. Es mi única razón de ser.

-No es de ningún modo una razón de ser y bien sabe usted que ha sido muy malo. La señora Umney nos dijo el día que llegamos aquí que había usted matado a su señora.

-Sí, señor, de acuerdo -dijo el Fantasma con petulancia-. Pero fue un asunto puramente familiar, que a nadie incumbe.

-Está muy mal matar -dijo Virginia, que de vez en cuando sacaba una dulce gravedad puritana, sin duda heredada de algún antepasado de la Nueva Inglaterra.

-¡Ah, detesto la severidad barata de la ética abstracta! Mi mujer era vulgarísima. Jamás me tenía los puños bien almidonados y no entendía una palabra de cocina. Figúrese usted que un día maté un gamo en los bosques de Hogley, una magnífica pieza. Pues bien, ¿quiere usted saber cómo me lo presentó a la mesa? Pero, en fin, poco importa ya, es cosa pasada, Aunque la verdad es que no creo que estuviese nada bien, por parte de sus hermanos, dejarme morir de hambre, aunque yo la matara.

-¿Matarle de hambre? ¡Oh!, señor Fantasma; quiero decir, Sir Simón; ¿tiene usted hambre? ¿No querría usted un emparedado que tengo en el costurero?

-No, gracias. Ahora nunca como nada, pero, de todos modos, es usted muy amable, Mucho más simpática que el resto de su horrible, grosera, ordinaria y poco honorable familia.

- ¡Alto ahí! -gritó Virginia, dando con el pie en tierra-, usted sí que es grosero, horrible y ordinario, y en cuanto a época honorabilidad, debo recordarle que me ha robado todos los colores de mi caja de pintura, para mantener esa ridícula mancha de sangre en la biblioteca. Empezó usted hurtándome los rojos, incluso el bermellón, y me impidió pintar más puestas de sol. Luego se llevó usted el verde esmeralda y el amarillo, acabando por no dejarme más que el índigo y el blanco porcelana, de manera, que sólo podía pintar escenas a la luz de la luna, que siempre son deprimentes, y nada fáciles de pintar. Ya sabe usted que nada le he dicho, aunque le aseguro que no me hacía ninguna gracia. Sin contar con que la cosa era en extremo ridícula; pues, ¿quién ha visto nunca una mancha de sangre verde esmeralda?

-Conformes -reconoció el Fantasma, con cierta docilidad- pero,

¿qué otra cosa podía hacer? Es realmente muy difícil hoy día procurarse sangre auténtica, y como su hermano fue quien empezó con su Quitamanchas Campeón, no veo por qué razón no iba a poder yo usar sus pinturas. En cuanto al color, es cuestión de gustos. Además, los Canterville tienen sangre azul; la más azul de Inglaterra... Pero ya sé que ustedes los norteamericanos no le dan importancia a esas cosas.

-No sabe usted una palabra de nosotros y lo mejor que podría hacer es emigrar y aprender. Mi padre tendrá mucho gusto en facilitarle un pasaje gratis. Aunque los derechos de aduana correspondientes a los espíritus, sean de la clase que sean, son muy elevados, no tendría usted grandes dificultades para pasar, pues todos los empleados son del partido demócrata. Y una vez en Nueva York, puede usted estar seguro de que tendría un gran éxito. Conozco mucha gente que daría cien mil dólares por tener un abuelo y muchísimo más por un fantasma de familia.

-No creo que me gustasen gran cosa los Estados Unidos...

-Porque no tenemos ruinas ni curiosidades, ¿verdad? -preguntó irónicamente Virginia.

-¿Qué no tienen ruinas ni curiosidades? Pues, ¿y su marina y sus modales?

-Buenas noches. Voy a pedir a papá que conceda otra semana de vacaciones a los gemelos.

- ¡No, por favor, señorita! -imploró el Fantasma-. ¡Estoy tan solo y soy tan desgraciado, que realmente no sé lo que digo! Quisiera dormir y no puedo.

- ¡Pero es absurdo! Bastaría con que se acostase usted y apagara la vela. A veces, es muy difícil estar despierto, sobre todo en misa; pero, para dormir, no creo que haya dificultad. Hasta los niños pequeños lo saben, y eso que no son muy inteligentes que digamos.

-No he dormido desde hace trescientos años -dijo tristemente el Fantasma, mientras los hermosos ojos azules de Virginia se dilataban de asombro-. Desde hace trescientos años no he dormido y me siento muy cansado.

Virginia se puso seria y sus labios temblaron como pétalos de rosa. Acercándose a él y arrodillándose a su lado, contempló su vieja faz arrugada.

- ¡Pobre, pobre Fantasma! -murmuró-.

¿No tiene usted donde poder dormir?

-Allá lejos, más allá del pinar -murmuró el Fantasma en voz queda y soñadora-, hay un jardín pequeño. Crece en él una hierba espesa y alta; en él se abren las pálidas estrellas de la cicuta; en él canta el ruiseñor toda la noche. Toda la noche canta y la fría luna de cristal mira la tierra, y el tejo secular extiende sus brazos gigantescos sobre los durmientes...

Los ojos de Virginia se humedecieron de lágrimas y ocultó el rostro entre las manos.

-El Jardín de la Muerte, quiere usted decir -murmuró.

-Sí, de la Muerte. La Muerte, ¡debe ser tan hermosa! Descansar sobre la tierra oscura y suave, bajo la hierba acariciada por el aire, y escuchar el silencio... No tener ni ayer ni mañana. Olvidar el tiempo, perdonar la vida, reposar en paz... Usted puede ayudarme. Usted puede abrirme las puertas de la Muerte, porque el Amor está siempre al lado de usted y el Amor es más fuerte que la Muerte.

Virginia tembló. Sintió un escalofrío helado que recorría su cuerpo, y durante breves instantes reinó un gran silencio. Parecíale como si fuera presa de una terrible pesadilla.

Luego, el Fantasma habló de nuevo y su voz era semejante al suspirar del viento.

-¿Ha leído usted alguna vez la antigua profecía inscrita sobre la vidriera de la biblioteca?

-¡Oh, muchas veces! -exclamó la muchacha, mirándole-. La conozco muy bien. Está pintada en unas letras negras muy raras y muy difíciles de leer. Son solamente seis líneas:

Cuando una virgen rubia haga brotar
De labios del pecador una oración;
Cuando el almendro seco dé su flor,

O un niño sus lágrimas derrame,
Tranquila entonces la casa quedará
Y la paz a Canterville volverá.

Pero no sé lo que significa.

-Significa dijo el Fantasma tristemente que debe usted llorar conmigo mis pecados, porque yo no tengo lágrimas; y orar conmigo por mi alma, porque yo no tengo fe; y entonces, si ha sido usted siempre dulce, buena y compasiva, el Angel de la Muerte tendrá piedad de mí. Verá usted seres monstruosos en las tinieblas y voces malignas murmurarán a su oído; pero no podrán nada contra usted, pues contra la pureza de una virgen los poderes del Infierno no pueden prevalecer.

Virginia no contestó y el Fantasma se retorció con desesperación las manos al contemplar su cabecita rubia inclinada. Pero, de pronto, la muchacha se puso en pie, muy pálida y, con una extraña luz en los ojos, exclamó con firmeza:

-No tengo miedo. Pediré al Angel que tenga compasión de usted.

El Fantasma se levantó de su asiento, lanzando un grito de alegría y, tomándola de la mano, e inclinándose con una cortesía que recordaba tiempos pasados, puso en ella sus labios. Sus dedos estaban helados y sus labios eran como de fuego, pero Virginia no desfalleció mientras era conducida a través de la estancia sombría. Sobre un tapiz de un verde descolorido aparecían bordados unos cazadores que al paso de ella soplaron en sus cuernos y le hicieron señas de que volviera atrás.

«No sigas, Virginia -gritaban-; no sigas».

Pero el Fantasma le apretó más fuerte la mano y ella cerró los ojos para no verlos. Monstruos horribles con cola de lagarto y ojos saltones hacíanle muecas desde la esculpida chimenea y murmuraban:

«¡Cuidado, Virginia, cuidado! ¡Quizá no te volvamos a ver!». Pero el Fantasma se deslizaba más rápidamente y Virginia no les prestó oído. Cuando llegaron al final de la estancia, el Fantasma se detuvo y murmuró algunas palabras que Virginia no pudo entender. Abrió entonces los ojos y vio que el muro se desvanecía lentamente como una bruma y una oscura caverna se abría ante ella. Un vendaval helado les envolvió y Virginia sintió que alguien le tiraba del vestido.

¡De prisa, de prisa -gritó el Fantasma-, o será demasiado tarde!». Y, en un abrir y cerrar de ojos, el muro se cerró tras ellos y la Estancia de los Tapices quedó vacía.

VI

Unos diez minutos después sonó la campana para el té y, como Virginia no bajase, la señora Otis envió a uno de los criados a avisarle. El criado volvió a los pocos instantes y dijo que no había logrado encontrar a la señorita Virginia por ninguna parte. Como tenía la costumbre de ir todas las tardes al jardín a coger flores para la cena, la señora Otis no se alarmó al principio; pero, como dieran las seis y Virginia no apareciese, se sintió realmente intranquila y envió a los muchachos en busca suya, mientras ella y el señor Otis la buscaban por toda la casa.

A las seis y media volvieron los muchachos y dijeron que no habían logrado encontrar ni el más leve rastro de su hermana habían llegado todos al mayor grado de excitación y no sabían que hacer, cuando el señor Otis recordó de repente que hacía algunos días había dado permiso a una banda de gitanos para que acampasen en el parque. Se encaminó, sin pérdida de tiempo, hacia Blackfell Hollow, donde sabía que se hallaban, acompañado de su hijo mayor y de dos mozos de la alquería. El duquesito de Cheshire, que estaba loco de ansiedad, suplicó que le permitieran acompañarlos, pero el señor Otis, no se lo consintió, por temor a lo que pudiera suceder.

Al llegar al lugar en cuestión, se encontraron con que los gitanos habían partido, siendo evidente que la marcha había sido precipitada, pues las hogueras aún estaban encendidas y algunos platos diseminados sobre la hierba. Después de ordenar a Washington y a los dos mozos que recorrieran los alrededores, se dirigió precipitadamente al castillo

y desde allí telegrafió a todos los inspectores de policía de la provincia, encargando se buscara a una muchacha que había sido raptada por unos vagabundos gitanos. Luego ordenó que le trajeran de nuevo su caballo y, después de haber encargado insistentemente a su mujer y a los tres muchachos que cenasen, se fue a todo galope por el camino de Ascot con un lacayo. Apenas llevaban recorridas un par de millas, cuando sintió que alguien galopaba tras él y, volviéndose, vio al duquesito que se acercaba sobre su yegua, con el rostro encendido y sin sombrero.

-Lo siento mucho, señor Otis -dijo el mozo con voz entrecortada-; pero no me será posible cenar mientras Virginia no aparezca. No se enfade usted conmigo, se lo ruego. Si hubiera usted permitido nuestras relaciones el año pasado, no hubiera sucedido esto. Pero, ¿no me mandará usted volverme, verdad? No me sería posible...

El embajador no pudo menos que sonreír al escuchar las palabras del joven, conmoviéndole en extremo el afecto que demostraba por Virginia e, inclinándose, le dio cariñosamente unos golpecitos en el hombro, y dijo:

-Está bien, Cecil. Si no quiere usted volverse, venga conmigo, pero será preciso que compremos un sombrero al llegar a Ascot.

-¡Al diablo el sombrero! Lo que necesito es encontrar a Virginia -exclamó riendo el duquesito, y galoparon hacia la estación.

Una vez allí, el señor Otis preguntó al jefe si había visto en el andén alguna muchacha que respondiera a las señas de Virginia, pero el jefe no pudo darle razón. No obstante, telegrafió a todas las estaciones de la línea y le aseguró que se ejercería una estrecha vigilancia.

Después de haber comprado un sombrero para el duquesito en una tienda que estaban ya cerrando, el señor Otis decidió llegar hasta Bexley, un pueblo a unas cuantas millas de distancia, que, según parece, era lugar muy frecuentado por los gitanos a causa de su cercanía a la ciudad. Allí despertaron al guarda rural, quien no pudo facilitarles información alguna; y después de haber recorrido toda la localidad, se volvieron por donde habían venido y llegaron al castillo alrededor de las once, muertos de cansancio y transidos de dolor.

Washington y los gemelos les esperaban a la puerta con linternas, pues la avenida estaba muy oscura. Tampoco ellos habían logrado descubrir el menor rastro de Virginia. Los gitanos fueron alcanzados en las praderas de Brockley, pero Virginia no estaba con ellos. Por otra parte, habían justificado la partida repentina explicando que, habiendo equivocado la fecha en que tenía lugar la feria de Cherton, tuvieron que levantar el campamento precipitadamente a fin de no llegar tarde. Además, demostraron gran sentimiento al enterarse de la desaparición de Virginia, agradecidos como estaban al señor Otis por haberles permitido acampar en el parque. Cuatro de la tribu se habían quedado con ellos para contribuir a las pesquisas.

Se vació el estanque de las carpas y todo el castillo fue registrado palmo a palmo, sin el menor resultado. Era evidente que, al menos por aquella noche, Virginia estaba perdida para su familia. En un estado de profundo abatimiento, el señor Otis y los muchachos se dirigieron hacia el castillo, seguidos de un criado con los dos caballos y el poney. En el vestíbulo se encontraron con un grupo de servidumbre aterrada y en la biblioteca, tendida sobre un diván, yacía la pobre señora Otis casi fuera de sí de ansiedad y terror, con la doncella a la cabecera humedeciéndole de continuo la frente con agua de colonia.

El señor Otis, de inmediato, insistió en que debía tomar algo sólido, y ordenó que sirvieran la cena para todos. Fue una comida fúnebre, en la que apenas se despegaron los labios; los mismos gemelos querían demasiado a su hermana para no sentirse consternados. Cuándo hubieron terminado, el señor Otis, a pesar de las súplicas del duquesito, mandó que todo el mundo se fuera a la cama, diciendo que no se podía hacer ya nada aquella noche y que telegrafiaría por la mañana a Scotland Yard, pidiendo que le mandaran inmediatamente algunos detectives.

Pero, en el momento preciso en que salían del comedor,

comenzaron a dar las doce en el reloj de la torre, y cuando hubo sonado la última campanada, se oyó de pronto un chasquido; a continuación un grito agudísimo. Un trueno pavoroso hizo retemblar el castillo; una música ultraterrena lo invadió todo; un tabique del rellano de la escalera se hundió ruidosamente y en el espacio abierto apareció Virginia, muy pálida y muy blanca, con un cofrecillo en la mano. Todos se precipitaron hacia ella. La señora Otis la estrechó apasionadamente entre sus brazos, el duquesito casi la asfixió de besos, y los gemelos ejecutaron una danza salvaje de guerra en torno al grupo.

- ¡Alabado sea Dios, hija mía! ¿Dónde has estado? -dijo el señor Otis, no sin cierta irritación, con la idea de que todo había sido una broma insensata-. Cecil y yo hemos recorrido toda la comarca a galope en busca tuya y tu madre ha estado a punto de morir del susto. ¡Que no se vuelvan a repetir estas bromas!

-¡Nada de bromas, como no sea el Fantasma! -gritaron los gemelos, haciendo cabriolas.

-Gracias a Dios que te hemos encontrado, hija mía. Ya no te apartarás nunca de mi lado -murmuró la señora Otis besando a la trémula muchacha y alisando el oro, un tanto enmarañado, de sus cabellos.

-Papá -dijo Virginia dulcemente-, he estado con el Fantasma. Ha muerto y tienen que venir a verle. Fue muy malo; pero se ha arrepentido sinceramente de todo lo que hizo y me ha regalado este cofrecillo de joyas antes de morir.

Toda la familia la contempló, muda de asombro. Virginia estaba muy seria y, volviéndose hacia la abertura por donde apareciera, les condujo, a través del muro, por un estrecho pasadizo secreto. Washington, que llevaba en la mano una vela encendida que cogiera de la mesa, venía el último. Por fin llegaron ante una gran puerta de roble tachonada de grandes clavos herrumbrosos.

Apenas Virginia la hubo tocado, giró sobre sus pesados goznes, abriéndoles paso a una reducida cámara abovedada que iluminaba una ventanita con rejas. Empotrada en la pared había una gran argolla de hierro y sujeto a ella por una cadena un esqueleto amarillento tendido todo a lo largo sobre el suelo, en actitud de querer alcanzar con sus largos dedos descarnados una escudilla y una jarra colocadas fuera de su alcance.

La jarra, evidentemente, había estado llena de agua en otro tiempo; su interior estaba tapizado de verdín, En la escudilla, sólo se percibía un montoncito de polvo. Virginia se arrodilló junto al esqueleto y juntando las manos comenzó a rezar en silencio, mientras los demás contemplaban llenos de asombro la terrible tragedia, cuyo secreto les era ahora revelado.

- ¡Bravo! -gritó de repente uno de los gemelos, que había estado mirando por la ventana, para saber en qué parte del castillo estaba situada aquella habitación-. ¡Bravo! El viejo almendro seco ha florecido. Desde aquí se ven perfectamente las flores a la luz de la luna.

- ¡Dios te ha perdonado! -dijo Virginia gravemente, poniéndose en pie. Y una luz maravillosa pareció iluminar su rostro.

- ¡Eres un ángel! -grito el duquesito. Y echándole los brazos al cuello, la besó,

VII

Cuatro días después de tan curiosos sucesos, a eso de las once de la noche, salía un cortejo fúnebre del castillo de Canterville. La carroza iba arrastrada por ocho caballos negros y cada uno de ellos llevaba un gran penacho de plumas de avestruz sobre la cabeza. El féretro estaba cubierto por un rico paño de púrpura, sobre el cual aparecían bordadas en oro las armas de los Canterville. A uno y otro lado de la carroza y de los coches, caminaban los criados con antorchas encendidas y toda la procesión resultaba en extremo impresionante. Lord Canterville presidía el duelo. Había

venido expresamente de Gales para asistir al funeral y ocupaba el primer coche con Virginia. En el segundo, iban el embajador de los Estados Unidos y su esposa; en el siguiente Washington y los tres muchachos, y en el último la señora Umney, pues fue opinión general que, habiendo vivido bajo la influencia terrorífica del Fantasma durante más de cincuenta años, tenía derecho a verle desaparecer para siempre.

Se había cavado una profunda fosa en un rincón del cementerio, justamente bajo el tejo secular, y el Reverendo Augusto Dampier leyó el oficio de difuntos en el tono más solemne.

Una vez la ceremonia terminada, los criados apagaron las antorchas, como era tradicional en la familia Canterville y, en el momento en que el féretro era descendido a la fosa, Virginia se adelantó y colocó sobre él una gran cruz de flores de almendro, blancas y rosadas. En aquel preciso instante, la luna surgió tras de una nube, inundando el cementerio con su plata silenciosa y en un lejano matorral comenzó a cantar un ruiseñor. Pensó Virginia en la descripción que le hiciera el Fantasma del Jardín de la Muerte, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Durante el trayecto de regreso apenas pudo pronunciar una palabra.

A la mañana siguiente, antes de que Lord Canterville regresara a la ciudad, el señor Otis tuvo una entrevista con él para tratar de las joyas que el Fantasma regalara a Virginia. Eran realmente espléndidas; sobre todo un collar de rubíes de antigua montura veneciana, ejemplar soberbio del siglo XVI y de tan gran valor que el señor Otis sintió considerables escrúpulos en permitir a su hija que lo aceptara.

-Milord -dijo a Lord Canterville-, sé que en este país la Ley del Mayorazgo se aplica lo mismo a los bienes muebles que a los inmuebles; es, por tanto, indudable que estas joyas, siendo bienes muebles, son, o deben ser, consideradas como formando parte del patrimonio de su familia. Le ruego a usted, pues, que las lleve consigo a Londres y las considere como una simple porción de su propiedad, restituida en condiciones un tanto extrañas. Por lo que respecta a mi hija, aún es una niña, y puedo asegurar con alegría que no le interesa gran cosa el poseer objetos de lujo inútiles. Sé, además, por la señora Otis, cuya autoridad en materia de arte no es desdeñable -pues ha tenido la suerte de pasar en su mocedad varios inviernos en Boston-, que estas piedras tienen un gran valor y que si se pusieran a la venta alcanzarían un alto precio. En estas condiciones, reconocerá usted, Lord Canterville, la imposibilidad en que me encuentro de permitir que queden en poder de un miembro de mi familia. Sin contar que tan vanos adornos sientan muy bien y hasta son necesarios a la aristocracia inglesa, pero estarían completamente fuera de lugar en quienes han sido educados con arreglo a los principios severos, y a mi juicio inmortales, de la simplicidad republicana. A lo sumo, quizás me atrevería a indicar que Virginia se alegraría mucho de que le permitiese usted conservar el cofrecillo, como recuerdo del que, a pesar de sus extravíos, fue su infortunado antecesor. Como es muy antiguo y por consiguiente está en muy mal estado, quizás no tenga usted inconveniente en complacerla. Yo, por mi parte, le aseguro que me sorprende en extremo descubrir que una hija mía tiene esas aficiones medievales, fenómeno que sólo me explico por el hecho de haber nacido Virginia en uno de los suburbios de Londres, poco después del regreso de la señora Otis de un viaje a Atenas.

Lord Canterville escuchó gravemente el discurso del digno embajador, atusando su bigote de cuando en cuando para ocultar una involuntaria sonrisa, y cuando el señor Otis hubo terminado, le estrechó la mano cordialmente y dijo:

-Mi querido amigo: su encantadora hija ha prestado un gran servicio a mi infeliz antepasado Sir Simón, y tanto yo como mi familia nos consideramos obligadísimos para con ella por su maravilloso valor y sangre fría. Las joyas le pertenecen de derecho, sin contar que, si yo fuera tan egoísta que me permitiera despojarla de ellas, estoy seguro de que el maligno viejo no tardaría ni una quincena en salir de la tumba para hacerme la vida imposible. En cuanto a que constituyan parte del mayorazgo, nada que no conste en testamento u otro documento legal cualquiera puede ser considerado como tal. Mucho

menos estas joyas cuya existencia era totalmente desconocida hasta ahora. Así, le aseguro a usted que tengo el mismo derecho a ellas que su mayordomo, y también creo poder asegurarle que cuando la señorita Virginia sea mayor no le disgustará lo más mínimo tener unas cuantas cosas bonitas que ponerse. Además olvida usted, señor Otis, que en el precio de venta quedó incluido el valor del Fantasma y que, por tanto, todo lo que pudiera pertenecerle pasó a ser propiedad de usted desde aquel momento. Por muy activo que se mostrara Sir Simón en la galería durante la noche, desde el punto de vista legal estaba absolutamente muerto y, una vez cerrado el trato, quedó de su absoluta propiedad.

Al señor Otis le disgustó en extremo la negativa de Lord Canterville y le suplicó que meditase de nuevo su decisión; pero el generoso aristócrata se mantuvo firme en ella y acabó por convencer al embajador que permitiera a su hija aceptar el regalo que le hizo el Fantasma.

Cuando, en la primavera de 1890, fue presentada en la primera recepción de la Reina con motivo de su boda la joven Duquesa de Cheshire, sus joyas fueron motivo de general admiración. Virginia tuvo su corona, que es el premio con que se recompensa a todas las niñas norteamericanas buenas, y tan pronto como tuvo edad para ello la casaron con el duquesito.

Eran ambos tan encantadores y se querían tanto, que todo el mundo se alegró de este matrimonio, a excepción de la vieja marquesa de Dumbleton, que había intentado atrapar al duque para una de sus siete niñas solteras, dando nada menos que tres comidas costosísimas con este fin. Aunque parezca extraño, también el señor Otis constituía otra excepción, pues, aunque sintiera extraordinario afecto personal por el duquesito, teóricamente era enemigo de los títulos y, para emplear sus propias palabras: «no dejaba de temer que, en medio de las influencias deprimentes de una aristocracia frenética de placer, pudieran olvidarse los verdaderos principios de la simplicidad republicana». Sus objeciones, sin embargo, fueron completamente dominadas y sospecho que, cuando avanzaba del brazo de su hija por la nave de la iglesia de San Jorge, de Hanover Square, no había un hombre más satisfecho en toda Inglaterra.

Una vez pasada la luna de miel, el duque y la duquesa se trasladaron al castillo de Canterville y, al día siguiente de la llegada, se dirigieron paseando, al atardecer, hacia el cementerio solitario junto al pinar. En un comienzo, hubo grandes dificultades con respecto a la inscripción que convenía grabar sobre la lápida de Sir Simón; pero al fin se decidió poner simplemente las iniciales de su nombre y los versos de la profecía. La duquesa había llevado consigo un ramo de magníficas rosas que esparció sobre la tumba, y luego de haber estado un rato de pie junto a ella, se pusieron a pasear por el claustro ruinoso de la antigua abadía. La duquesa se sentó sobre una columna caída, mientras su marido, echado a sus pies, fumaba un cigarrillo y contemplaba sus hermosos ojos. De repente, arrojando el cigarrillo, le tomó una mano y dijo:

-Virginia, una mujer no debe tener secretos para su marido.

-Yo no tengo secretos para ti, querido Cecil.

-Sí, los tienes -contestó él, sonriendo-. Nunca me dijiste lo que te sucedió cuando estuviste encerrada con el Fantasma.

-No se lo he dicho a nadie, Cecil -dijo Virginia gravemente.

-Ya lo sé; pero podrías decírmelo a mí.

-No me lo pidas, Cecil, te lo ruego. No podría decírtelo. ¡Pobre Sir Simón! Le debo mucho. Sí, Cecil. No te rías, es verdad. Me hizo comprender lo que es la vida y lo que significa la muerte y por qué el amor es más fuerte que ambas.

El duque se levantó y besó a su mujer apasionadamente.

-Puedes guardar tu secreto con tal de que tu corazón sea mío -murmuró.

-Siempre ha sido tuyo Cecil.

-Y algún día se lo dirás a nuestros hijos, ¿verdad?

Virginia se ruborizó.

EL CRIMEN DE LORD ARTHUR SAVILE

Era la última recepción de Lady Windermere antes de Pascua de Resurrección, y los salones de Bentinck House se veían con ese motivo aún más concurridos que de costumbre. Seis ministros acababan de llegar de la recepción del Presidente de la Cámara, deslumbrantes de bandas y cruces, y todas las mujeres bonitas de Londres allí congregadas lucían sus más elegantes vestidos. Al fondo de la galería de retratos, se veía a la princesa Sofía de Carlsruhe, corpulenta dama de tipo tártaro, ojuelos negros y maravillosas esmeraldas, chapurreando francés a voz en cuello y riendo inmoderadamente cuanto le decían.

Ciertamente que era aquella una singular miscelánea de gentes. Fastuosas damas de la más linajuda aristocracia, charlaban afablemente con radicales virulentos; predicadores populares codeábanse con escépticos conspicuos y una verdadera bandada de señoritos perseguía de salón en salón a una fornida primadonna; numerosos miembros

de la Real Academia, disfrazados de artistas, ocupaban el rellano de la escalera y decíase que en un momento dado el comedor había estado materialmente atestado de genios. Era, en suma, una de las más brillantes recepciones de Lady Windermere y la princesa había permanecido hasta muy cerca de las once y media.

Apenas se hubo retirado, Lady Windermere volvió a la galería de retratos, donde un célebre economista explicaba solemnemente la teoría científica de la música a un virtuoso húngaro, que a duras penas le prestaba atención, y comenzó a hablar con la duquesa de Paisley. Lady Windermere estaba realmente maravillosa, con su largo cuello marfilino, sus grandes ojos azules y sus rizos dorados. De or pur(*) eran; no de ese color pajizo que hoy usurpa el nombre gracioso del oro, sino del oro que tiembla en los rayos del sol o recela la materia extraña del ámbar; y enmarcado en ellos su rostro tenía una vaga aureola de santa y toda la fascinación de una pecadora. Lady Windermere era realmente un curioso estudio psicológico. Desde muy joven había descubierto la importante verdad de que nada se parece tanto al candor como la imprudencia; y mediante una serie de travesuras, en su mayoría inofensivas, se había conquistado todos los privilegios de una personalidad. Más de una vez había cambiado de marido -al menos, cargaba en su haber tres matrimonios-, pero nunca había variado de amante y la gente desde hacía tiempo había dejado de criticarla. Contaba cuarenta años, no tenía hijos y la impulsaba esa inmoderada avidez de placeres que es el secreto de la juventud perenne.

Súbitamente, Lady Windermere miró con ansiedad en torno suyo y preguntó con su voz clara de contralto:

-¿Dónde está mi quiromántico?

-¿Su qué, Gladys? -inquirió la duquesa, estremeciéndose involuntariamente.

-Mi quiromántico, duquesa; no puedo vivir ya sin él.

¡Querida Gladys! Usted siempre tan original -murmuró la duquesa, intentando recordar el significado exacto de quiromántico y si sería lo mismo que pedicuro.

-Viene a leer mi mano dos veces por semana -prosiguió Lady Windermere-; es interesantísimo.

- ¡Dios mío! -se dijo para sí la duquesa-, al fin y al cabo una especie de pedicuro. ¡Qué horror! Si siquiera fuese extranjero...

-Voy a presentárselo a usted -propuso Lady Windermere.

- ¡Presentármelo! -exclamó la duquesa-; ¿no querrá usted decir que está aquí?

Y se apresuró a buscar en torno suyo su abanico de concha y su viejo chal de encaje, disponiéndose a huir a la primera alarma.

-Naturalmente que está aquí. ¿Cómo iba a dar una fiesta sin invitarle? Dice que tengo una mano absolutamente psíquica, y que si mi pulgar hubiera sido un poco más corto, habría resultado una pesimista convencida y entrado en un convento.

- ¡Ah, comprendo! -exclamó la duquesa, tranquilizándose-. Por lo visto, dice la buenaventura.

-Y la mala también a veces -contestó Lady Windermere-. El año próximo, por ejemplo, me veré expuesta a grandes peligros, por tierra y por mar, de manera que tendré que vivir en globo y subir cada noche mi cena en una cesta. Todo eso está escrito aquí, en mi dedo meñique... o en la palma de la mano, no recuerdo bien.

-Pero eso, indudablemente, es tentar a la Providencia, Gladys.

-Mi querida duquesa, la Providencia en estos tiempos seguramente es capaz de resistir a la tentación. Creo que todo el mundo debería hacerse leer las manos una vez al mes, para saber lo que no debe hacer. Claro está que se haría lo mismo, pero, ¡es tan agradable que le adviertan a una del peligro que corre! Ahora, si no va alguien inmediatamente en busca del señor Podgers, habré de ir yo misma.

-Permítame que vaya yo, Lady Windermere -dijo un joven alto y bien parecido, que escuchaba la conversación con sonrisa regocijada.

-Muchas gracias, Lord Arthur; pero temo que no lo reconozca usted.

-Si es tan extraordinario como usted dice, Lady Windermere, no podré confundirle. Dígame cómo es, más o menos, y se lo traeré inmediatamente.

-Pues, verá usted; en su aspecto no tiene nada de quiromántico: quiero decir que no tiene un aire misterioso, ni esotérico, ni romántico. Es un hombre bajito, gordo, con una calva muy cómica y grandes anteojos de oro; algo entre el médico vulgar y un notario de pueblo. Yo lo siento mucho, pero no es culpa mía. ¡La gente es tan absurda! Todos mis pianistas tienen aire de poetas, y todos mis poetas facha de pianistas. Recuerdo que la primavera pasada invité a comer a un conspirador terrible: un hombre que había hecho volar con dinamita a innumerables personas, y que llevaba siempre una cota de mallas y un puñal oculto. ¿Querrán ustedes creer que, a pesar de todo, parecía un clérigo de tantos y se pasó la noche haciendo chistes? Verdad es que resultó muy divertido; pero yo me quedé horriblemente desilusionada y, cuando le pregunté por la cota de mallas, se echó a reír y dijo que hacía demasiado frío en Inglaterra para usarla.

¡Pero aquí está el señor Podgers! Señor Podgers, deseo que lea usted la mano de la duquesa de Paisley. Duquesa, tiene usted que quitarse el guante; no, el de la mano izquierda no; el de la derecha.

-Querida Gladys, no sé si estará bien... -dijo la duquesa, desabotonándose un guante de cabritilla no demasiado limpio.

-Las cosas realmente interesantes nunca lo están -aseguró Lady Windermere-. On a fait le monde ainsi.(*) Pero, debo presentarles a ustedes: Señor Podgers, mi quiromántico favorito; la duquesa de Paisley. Como le diga usted que tiene el monte lunar más desarrollado que el mío, no le volveré a creer una palabra.

-Estoy segura de que no hay nada de eso en mi mano, querida Gladys -dijo la duquesa gravemente.

-Tiene usted mucha razón, duquesa -dijo el señor Podgers, echando una ojeada a su mano corta y regordeta-. El monte lunar no está desarrollado. La línea de vida, sin embargo, es excelente. Tenga la bondad de doblar la muñeca. Gracias. Tres líneas perfectamente visibles en la rascette. (**) Vivirá usted muchos años, duquesa, y será

* En francés en el original (oro puro).

*El juego de palabras resulta más plausible en inglés, por la mayor similitud de las dos palabras: cheiromantist y cheiropodist.

usted extraordinariamente feliz. Ambiciones... moderadas; la línea de la inteligencia, no muy exagerada; la línea del corazón...

-Vamos, sea usted indiscreto, señor Podgers -exclamó Lady Windermere.

-Nada me agradaría tanto -dijo el señor Podgers, inclinándose-, si el carácter de la duquesa me diera lugar a ello, pero siento tener que decirlo: veo una gran constancia afectiva, combinada con un fuerte sentimiento del deber.

-Continúe usted, señor Podgers-dijo la duquesa, con aire de satisfacción.

-La economía no es una de sus menores virtudes, duquesa -prosiguió el señor Podgers, mientras Lady Windermere soltaba la carcajada.

-La economía es una cosa excelente -observó la duquesa, complacida-. Cuando me casé con Paisley, tenía once castillos y ni una sola casa habitable.

-Y ahora tiene doce casas y ni un solo castillo -exclamó Lady Windermere.

-Sí, querida -dijo la duquesa-, a mí me gusta...

-La comodidad prosiguió el señor Podgers- y los adelantos modernos y el agua caliente en todos los dormitorios. La duquesa está en lo cierto. La comodidad, es lo único que puede ofrecernos nuestra civilización.

-Ha definido usted admirablemente el carácter de la duquesa, señor Podgers; ahora tiene usted que decirnos el de Lady Flora. Y, atendiendo a una señal amable de Lady Windermere, una muchacha alta, de cabellos pajizos y muy subida de hombros, avanzó tímidamente y exhibió una larga mano huesuda, con dedos como espátulas.

-Una pianista, por lo que veo -dijo el señor Podgers-. Una excelente pianista, pero quizás no demasiado música. Muy reservada, muy sincera y muy amante de los animales.

- ¡Absolutamente cierto! -exclamó la duquesa, volviéndose hacia Lady Windermere-. ¡Absolutamente! Tiene dos docenas de perros

en Macloskie y si su padre se lo permitiera convertiría nuestra casa en un verdadero zoológico.

-Lo que yo hago de mi casa todos los jueves por la noche -exclamó Lady Windermere, riendo-. Sólo que yo prefiero las celebridades a los perros.

-Su única equivocación, Lady Windermere -dijo el señor Podgers, con una pomposa reverencia.

-Cuando una mujer no logra hacer encantadoras sus equivocaciones, no es sino una hembra -fue la respuesta-. Pero todavía tiene usted que leer algunas manos más. Venga usted, Sir Thomas, y muestre la suya al señor Podgers.

Y un anciano de aire afable se acercó y presentó una mano arrugada y fuerte, con el dedo medio mucho más largo que los otros.

-Carácter aventurero; cuatro largos viajes en el pasado y uno para el porvenir. Ha naufragado tres veces. No, sólo dos, pero correrá el riesgo de naufragar durante el próximo viaje. Muy conservador, muy puntual y con la pasión del coleccionismo. Tuvo una enfermedad grave entre los dieciséis y los dieciocho años. Heredó una fortuna a los treinta. Gran aversión a los gatos y a los progresistas.

-Extraordinario -exclamó Sir Thomas-; tiene usted también que leer la mano de mi mujer.

-La de su segunda mujer -dijo el señor Podgers gravemente, reteniendo aún entre las suyas la mano de Sir Thomas-, la de su segunda mujer. Con mucho gusto...

Pero Lady Marvel, una mujer de aire melancólico, cabellos oscuros y pestañas sentimentales, se negó rotundamente a que exhibieran ni su pasado ni su porvenir. Y por más que hizo Lady Windermere, no pudo convencer al embajador ruso, Monsieur de Koloff, que se despojara de sus guantes. En realidad, mucha gente pareció temer enfrentarse con aquel extraño hombrecillo, de sonrisa estereotipado y ojos brillantes como azabaches tras sus anteojos de oro. Y cuando dijo a la pobre Lady Fermor, ante todo el mundo, que no le interesaba lo más mínimo la música, pero que era extremadamente aficionada a los músicos, fue opinión general que la quiromancia era una ciencia muy peligrosa y que no debía ser practicada sino en tête-á-tête. (*)

Sin embargo, Lord Arthur Savile, que ignoraba el lamentable incidente de Lady Fermor y que había estado observado al señor Podgers con gran interés, sintió una curiosidad irresistible de que le leyeran la mano; pero, sintiendo una cierta timidez, se dirigió hacia Lady Windermere y ruborizándose deliciosamente le preguntó si creía que el señor Podgers tendría inconveniente en hacerlo.

-Naturalmente que no -repuso Lady Windermere-: para eso está aquí. Todos mis leones son fieras amaestradas, mi querido Lord Arthur, y saltan por el aro cuando yo lo mando. Pero debo advertirle a usted que le contaré a Sibyl cuanto diga. Mañana, justamente, vendrá a comer conmigo para hablar de sombreros, y si el señor Podgers descubre que tiene usted mal carácter, propensión a la gota, o alguna amiga íntima en Bayswater, puede usted tener la seguridad de que la pondré al corriente de todo.

Lord Arthur sonrió e hizo una inclinación de cabeza.

-Nada temo -contestó-. Sibyl me conoce tan bien como yo a ella.

-Lo lamento de veras. La verdadera base del matrimonio es una mutua incomprensión. No; no es cinismo; es simplemente experiencia, que viene a ser lo mismo. Señor Podgers, Lord Arthur está deseando que lea usted su mano. No le diga que tiene relaciones con una de las muchachas más bonitas de Londres, porque el anuncio de su boda lo ha dado ya el Morning Post hace más de un mes.

-Querida Lady Windermere -exclamó la marquesa de Jedburgh-, permita usted que retenga al señor Podgers un minuto más. Acaba de decirme que me debería dedicar a la escena y estoy interesadísima...

-Si le ha dicho a usted eso, Lady Jedburgh, no tendré más remedio que llevármelo. Venga usted aquí, señor Podgers, y lea la mano de Lord Arthur.

* En francés en el original. (Así está hecho el mundo).

-Está bien -dijo Lady Jedburgh, haciendo un mohín de contrariedad y levantándose del sofá-, si no se me permite salir a escena, por lo menos me dejarán formar parte del público.

-No faltaba más; todos asistiremos a la representación -dijo Lady Windermere-. Y ahora, señor Podgers, serénese usted y díganos algo agradable. Lord Arthur es uno de mis amigos predilectos.

Pero, apenas hubo el señor Podgers examinado la mano de Lord Arthur, palideció extrañamente y quedó mudo. Un estremecimiento pareció recorrer su cuerpo; sus cejas hirsutas se contrajeron convulsivamente, con el gesto habitual en él cuando se sentía desconcertado. Luego, gruesas gotas de sudor se deslizaron por su frente amarillenta, y sus manos cortas y abultadas se quedaron heladas y viscosas.

Lord Arthur no dejó de observar tan extraños síntomas de agitación y, por primera vez en su vida, se sintió atemorizado: Su primer impulso fue salir precipitadamente del salón, pero se contuvo. Era preferible conocer la verdad, por terrible que fuese, a quedar en tan penosa incertidumbre.

-Estoy esperando, señor Podgers -dijo.

-Todos esperamos -exclamó Lady Windermere con su habitual vivacidad; pero el quiromántico no respondió.

. -Temo que Lord Arthur esté también a punto de dedicarse a la escena -dijo Lady Jedburgh-; pero después de la rociada que le ha echado usted, el señor Podgers no se atreve a declararlo.

De pronto, el señor Podgers abandonó la mano derecha de Lord Arthur y, apoderándose de la izquierda, se inclinó tanto para examinarla que sus anteojos de oro rozaron casi la palma de la mano. Por un momento, su rostro se convirtió en una máscara lívida de terror. Pero pronto recobró su sangre fría y, mirando a Lady Windermere, dijo con sonrisa forzada:

-Es la mano de un muchacho encantador.

-Naturalmente -replicó Lady Windermere-. Pero ¿será también un marido encantador? Es lo que me gustaría saber.

-Todos los muchachos encantadores lo son -dijo el señor Podgers.

-No creo que un marido deba ser demasiado seductor -murmuró Lady Jedburgh con aire pensativo-. ¡Es tan peligroso!

-Nunca lo son demasiado, querida -exclamó Lady Windermere-. Pero lo que necesitamos son detalles. Lo interesante son los detalles. Veamos, ¿qué le va a suceder a Lord Arthur?

-Pues, dentro de algunos meses, Lord Arthur emprenderá un viaje...

-Naturalmente, el de su luna de miel.

-Y perderá un pariente.

— ¡No será su hermana! —dijo Lady Jedburgh en tono plañidero.

-Desde luego que no -contestó el señor Podgers-, un pariente lejano, simplemente.

-Bueno, he quedado horriblemente desilusionada -dijo Lady Windermere-. No podré contarle nada a Sibyl mañana. Pues, hoy día, nadie se preocupa ya de los parientes lejanos. Hace muchos años que pasaron de moda. No obstante, creo que debería encargarse un vestido de seda negro; siempre sirve para ir a la iglesia. Y, ahora, vamos a cenar. Seguramente han acabado con todo, pero aún podremos encontrar una taza de consomé caliente. Francisco solía hacer en otro tiempo un caldo exquisito, pero ahora está tan preocupado con la política, que nunca se puede asegurar. ¡Si siquiera el general Boulanger se estuviese quieto! Duquesa, temo que se sienta usted fatigada.

-Es absoluto, querida Glayds -repuso la duquesa, dirigiéndose hacia la puerta con su característico caminar. Me he divertido extraordinariamente; su pedicuro... quiero decir, su quiromántico, es muy interesante. Flora, ¿dónde podrá estar mi abanico de concha? ¡Ah!, gracias, Sir Thomas, muchas gracias. ¿Y mi chal de encaje, Flora? ¡Ah!, mil gracias, Sir Thomas; muy amable.

Y la ilustre dama consiguió bajar la escalera sin que se le cayera más que dos veces el frasco de esencia.

Mientras tanto, Lord Arthur, que permaneciera de pie, continuaba sobrecogido por el mismo sentimiento de terror y como de

premonición de un mal inminente que le invadiera al ver la expresión del rostro del quiromántico. Sonrió tristemente a su hermana cuando pasó al lado suyo del brazo de Lord Plymdale, encantadora en su traje de brocado color rosa y sus perlas, y apenas oyó a Lady Windermere cuando le invitó a seguirla. Pensaba en Sibyl Merton; y a la sola idea de que algo pudiera interponerse entre ambos, se le empañaron los ojos.

Al verle, se hubiera dicho que Némesis, robándole el escudo a Atenea, le había mostrado la cabeza de la Gorgona. Parecía petrificado y su rostro daba la sensación de mármol en su melancolía. Había vivido la vida de lujo y refinamientos que corresponde a un joven de alcurnia y de fortuna; una vida exquisita, sin sórdidas inquietudes, de una despreocupación y una puerilidad deliciosas. Pero en aquel momento, por primera vez, tenía conciencia del terrible misterio del Destino, del tremendo sentido de la Fatalidad.

¡Cuán insensato y monstruoso le parecía todo ello! ¿Era posible que estuviese escrito en su mano, en caracteres que él no podía descifrar, pero que a otro le era dado leer, algún terrible secreto infamante, algún estigma sangriento y criminal? ¿Estaría perdido irremisiblemente? ¿Seríamos en realidad simples peones de ajedrez, movidos por un poder invisible, o vasijas modeladas a capricho por el alfarero, para nuestra gloria o nuestra vergüenza?

Su inteligencia se rebelaba contra esta idea. Pero, no obstante, sentía suspendida sobre su cabeza una grave amenaza y que inesperadamente había sido llamado para soportar una carga intolerable. ¡Qué felices los actores! Pueden escoger entre la representación de la tragedia o la comedia, entre sufrir o regocijarse, entre llorar o reír. Pero en la vida real es muy distinto. La mayoría de los hombres y de las mujeres se ven obligados a representar papeles para los que no estaban llamados. Nuestros Guildenstern interpretan Hamlet, y nuestros Hamlet tienen que chancearse como el Príncipe Hal. El mundo es un inmenso escenario, pero la obra está mal distribuida.

De pronto, el señor Podgers entró en la habitación. Al ver a Lord Arthur se estremeció, y su rostro adiposo y vulgar se tornó de un amarillo verdoso. Los ojos de ambos se encontraron y durante unos instantes reinó un profundo silencio.

-La duquesa ha olvidado aquí uno de sus guantes y me ha rogado que se lo lleve -dijo al fin el señor Podgers-. ¡Ah, ahí lo veo! En el sofá. Buenas noches.

-Señor Podgers, le ruego a usted de nuevo que me conteste categóricamente a la pregunta que voy a hacerle.

-Más tarde, Lord Arthur; la duquesa está esperándome. No tengo más remedio que irme.

-No se irá usted. La duquesa no tiene prisa.

-No se debe hacer esperar a las señoras, Lord Arthur -dijo el señor Podgers, sonriendo embarazosamente-. El bello sexo es muy impaciente.

Los labios finamente dibujados de Lord Arthur se plegaron en un gesto desdeñoso. La pobre duquesa le parecía muy poca cosa en aquel momento. Atravesó el salón y, cuando hubo llegado junto al señor Podgers, le tendió de nuevo la palma de su mano derecha.

-¡Dígame lo que ha visto aquí! .¡Dígame la verdad! Necesito saberla. No soy ningún niño.

Los ojos del señor Podgers parpadearon tras sus anteojos de oro y un estremecimiento de inquietud recorrió su cuerpo, mientras sus dedos jugueteaban nerviosamente con la relumbrante cadena de su reloj.

-¿Qué le hace a usted sospechar, Lord Arthur, que haya visto en su mano algo más de lo que le he dicho?

-Estoy seguro, y deseo que me diga la verdad. Le pagaré a usted. Le daré un cheque de cien libras.

Los ojuelos verdes del señor Podgers relampaguearon un momento, tornándose inmediatamente opacos.

-¿Cien guineas? -dijo al fin el señor Podgers, en voz queda.

-Como usted quiera. Mañana mismo le enviaré el cheque. ¿De qué club es usted?

-No soy de ningún club. Por el momento, quiero decir. Mi dirección es... Pero, permítame usted que le ofrezca mi tarjeta. Y sacando del bolsillo del chaleco una tarjeta de cortes dorados, se la alargó con una profunda reverencia a Lord Arthur, que leyó en ella:

Sr. Septimus R. Podgers
Quiromántico Profesional
103a West Moon Street

-Mis horas son de diez a cuatro -murmuró señor Podgers mecánicamente- y tengo precios especiales para familias.

-Dése usted prisa -le interrumpió Lord Arthur-, poniéndose pálido y tendiéndole de nuevo la palma de la mano.

El señor Podgers miró nerviosamente a su alrededor y corrió la cortina sobre la puerta.

-Necesito cierto tiempo, Lord Arthur. Será mejor que tome usted asiento.

-Dése usted prisa -exclamó Lord Arthur de nuevo, golpeando coléricamente con el pie el bruñido piso.

El señor Podgers sonrió y, sacando del bolsillo una lupa diminuta, la limpió con el pañuelo cuidadosamente.

A sus órdenes dijo.

II

Diez minutos más tarde con el rostro devastado por el terror y los ojos henchidos de tristeza, salía precipitadamente Lord Arthur de Bentinck House, abriéndose paso por entre la turba de lacayos cubiertos de pieles y estacionados bajo la marquesina, inconsciente de cuanto le rodeaba. La noche era horriblemente fría y las luces de los faroles que circundaban la plaza vacilaban agitadas por el viento. Pero las manos de Lord Arthur ardían de fiebre y su frente era como de fuego.

Siguió adelante, caminando como un hombre ebrio. Un policía le miró con curiosidad al pasar, y un mendigo, que se asomó de una arcada pidiendo limosna, retrocedió espantado ante aquel dolor que superaba al suyo.

Un momento se detuvo bajo un farol y se miró las manos. Creyó descubrir ya sobre ellas la mancha de sangre delatora y un grito sordo brotó de sus labios trémulos.

¡Asesino! Es la palabra que el quiromántico había visto escrita en ellas. ¡Asesino! La noche misma parecía estar en el secreto y como si el viento, desolado, se lo aullara en los oídos. Irrumpía de los rincones oscuros de las calles; le hacía signos desde los tejados de las casas.

Llegó primeramente al Parque, cuya arboleda sombría parecía fascinarle. Se reclinó cansadamente sobre la verja, refrescando su frente contra el metal húmedo y escuchando el silencio rumoroso de los árboles.

¡Asesino! ¡Asesino!, se repitió, como si la reiteración pudiera atenuar el horror de la palabra. El sonido de su propia voz le hizo estremecer; y, sin embargo, casi tuvo esperanzas de que el eco pudiera oírle y despertara a la ciudad sumida en sus sueños. Sintió un deseo insensato de detener al primer transeúnte y contárselo todo.

Al cabo de un instante prosiguió su camino, vagando por las callejuelas estrechas y vergonzantes que arrancan de Oxford Street.

Dos mujeres, de rostros pintados, se mofaron de él al pasar. De un patio oscuro, llegaron hasta él rumor de golpes y blasfemias, seguidos de gritos penetrantes, y amontonados bajo un pórtico carcomido de humedad vio los cuerpos encorvados de la pobreza y la vejez. Una extraña piedad se apoderó de él. ¿Estarían fatalmente predestinados como él aquellos hijos del pecado y la miseria? ¿Serían, como él, simples marionetas de un guiñol monstruoso?

Y, sin embargo, no era el misterio lo que le impresionaba, sino la comedia del sufrimiento; su inutilidad absoluta, su grotesca carencia de significación. ¡Qué incoherente le parecía todo ello! ¡Qué desprovisto de armonía! Sentíase estupefacto ante la incongruencia del vacuo optimismo de nuestros días con las realidades de la existencia. Era todavía muy joven.

Momentos después, se encontraba ante la iglesia de Marylebone. El camino, silencioso, daba la sensación de una interminable cinta de plata bruñida, salpicada a trechos por los oscuros arabescos de las sombras vacilantes. Las luces de los faroles se alejaban trazando una curva, y ante una casita rodeada de tapias aguardaba un coche solitario, en cuyo interior dormitaba el conductor. Lord Arthur caminó rápidamente en dirección a Portland Place, mirando de vez en cuando a su alrededor, como si recelara que le siguiesen. Al doblar la esquina de Rich Street, se encontró con dos hombres parados, que leían un cartel pegado sobre la valla. Una extraña curiosidad se apoderó de él y atravesó nuevamente la calle en dirección a ellos. Cuando se hubo aproximado, la palabra «Asesino», impresa en negros caracteres, hirió sus ojos. Se sintió estremecer y una oleada de sangre sonrojó sus mejillas. Era un aviso ofreciendo recompensar a quien diese, noticias que permitieran descubrir a un hombre de estatura media, entre los treinta y los cuarenta años, vestido con chaqueta negra, pantalones escoceses y sombrero blando y con una cicatriz en el carrillo derecho. Lord Arthur leyó y releyó el anuncio, preguntándose si sería detenido el desgraciado y cuál podría ser el origen de aquella herida. ¡Quién sabe si algún día también era anunciado su nombre en los muros de Londres! ¡Quién sabe si algún día también era puesta a precio su cabeza!

La idea le llenó de terror y, girando sobre sus talones, se alejó apresuradamente en la noche.

No hubiera podido decir adónde se dirigía. Le quedó un vago recuerdo de haber vagado a través de un laberinto de sórdidas construcciones, de haberse extraviado en una red gigantesca de calles sombrías, y ya apuntaba el alba cuando al fin se encontró en Piccadilly Circus. Pocos minutos después, según caminaba hacia Belgrave Square, se encontró con los grandes carromatos que se dirigían hacia el mercado de Covent Garden. Los carreteros, con sus blusas blancas, los rostros bronceados por el sol y sus recios cabellos ondulados, avanzaban con paso vigoroso, restallando los látigos y llamándose de vez en cuando unos a otros. Sobre un caballo gris gigantesco, al frente de todos los demás, iba un rapaz regordete, con un ramo de flores en su ajado sombrero. Iba asido fuertemente a las crines con sus manecitas y reía a carcajadas. Aquellas inmensas pirámides de verdura sumaban cúmulos de jade sobre el cielo de la mañana, cúmulos de verde jade sobre los pétalos rosados de una flor maravillosa. Lord Arthur se sintió extrañamente, conmovido, sin poder decir por qué. Había algo en la delicada belleza de la aurora que le emocionaba inefablemente, y pensó en todos los días que nacen en la belleza y mueren en la

borrasca. ¡Qué Londres tan sorprendente conocían aquellos campesinos de voces alegres y rudas, de andar cadencioso! ¡Un Londres exento de los pecados nocturnos y de los humos del día; un Londres pálido y algo espectral, semejante a una desolada ciudad de sepulturas! Hubiera deseado saber qué sensación, despertaba en ellos; si conocían algo de su esplendor y de su vergüenza; de sus irisados placeres y de su hambre pavorosa, de todo lo que brota y se marchita desde la mañana hasta la noche. Probablemente, no era para ellos sino el mercado adonde traían a vender sus frutos y donde a lo sumo se detenían algunas horas, abandonándolo cuando aún las calles continuaban silenciosas y las casas todavía dormidas. Se complació en verlos desfilar uno tras otro. No obstante su rudeza, sus zapatones herrados y su torpe andar, traían consigo un no sé qué de arcádico. Le daban la sensación de haber vivido con la Naturaleza y de haber aprendido de ella la paz. Y les envidió la ignorancia en que vivían,

Cuando llegó a Belgrave Square, en el cielo apuntaba un azul indeciso y los pájaros comenzaban a piar en los jardines.

III

Cuando despertó Lord Arthur, eran ya las doce y el sol de mediodía se filtraba en su alcoba a través de las cortinas de seda. Levantándose, se asomó a la ventana. Una opaca niebla fluctuaba sobre la ciudad y los tejados eran como de plata empañada. Abajo, sobre el césped de la plaza, unos niños jugaban semejantes a blancas mariposas que revolotearan, y las aceras estaban llenas de gente que caminaba hacia el parque. Nunca le pareció la vida tan hermosa ni tan remoto el mal.

En aquel momento su ayuda de cámara le trajo en una bandeja una taza de chocolate. Cuando la hubo bebido, descorrió una pesada cortina de felpa color damasco y pasó al cuarto de baño. La luz caía suavemente del techo, a través de sutiles placas de ónix y el agua en la pila de mármol relumbraba como una piedra de luna. Se sumergió rápidamente, hasta que el agua le hubo llegado a la garganta y los cabellos; y, entonces, hundió la cabeza de improviso, como si hubiera deseado de este modo borrar el estigma de un recuerdo vergonzoso. Cuando salió del baño se sintió casi tranquilizado. El bienestar físico del momento predominaba, como acontece con frecuencia en las naturalezas refinadas; porque los sentidos, como el fuego, pueden lo

mismo purificar que destruir.

Después del almuerzo, se echó sobre un diván y encendió un cigarrillo. Sobre la repisa de la chimenea, en un delicioso marco de brocado antiguo, había un retrato de Sibyl Merton, tal como la había conocido en el baile de Lady Noel. La cabeza menuda, de un delicioso modelado, inclinada ligeramente, como si el cuello frágil no pudiera soportar el peso de tanta belleza; los labios ligeramente entreabiertos, como hechos para la más dulce música; y toda la pureza y ternura de la virginidad asomándose a los ojos soñadores. Con su traje de bordado flexible y suave y el ancho abanico en forma de hoja, parecía una de aquellas delicadas figulinas halladas por los hombres en los olivares vecinos a Tanagra; y había en sus actitudes algo de la gracia helénica. No era, sin embargo, petite. (*) Era, simplemente, bien proporcionada; cosa rara en una época en que las mujeres son insignificantes, o de un tamaño mayor que el natural.

Contemplándola, Lord Arthur se sintió invadido por esa terrible piedad que nace del amor. Sintió que casarse con ella, estando tan terriblemente predestinado, sería una traición semejante a la de Judas; un crimen peor que cuantos pudo soñar un Borgia. ¿Qué felicidad podría haber para ellos, cuando en el momento menos pensado podía ser requerido para cumplir la terrible profecía escrita en su mano? ¿Qué vida sería la suya, mientras el Destino mantuviese en su balanza tan terrible mandato? A toda costa había que retrasar el matrimonio. Estaba absolutamente decidido a ello. Amaba ardientemente a Sibyl y el simple contacto de sus dedos, cuando estaban sentados el uno junto al otro, comunicaba una vibración de goce exquisito a todas las fibras de su cuerpo; mas no por eso sentía menos claramente cuál era su deber y que no tenía derecho a casarse mientras no hubiese cometido el crimen. Una vez consumado, podría estrecharla entre sus brazos, en la seguridad de que jamás tendría que sonrojarse ni avergonzarse de él. Pero, antes, era preciso consumarlo; y cuanto más pronto, mejor para ambos.

En su situación, la mayoría de los hombres habrían preferido la senda florida del amor a la escarpada pendiente del deber; pero Lord Arthur era demasiado concienzudo para anteponer a sus principios el placer. No era su amor un simple deseo de los sentidos. Sibyl, simbolizaba para él toda la bondad y toda la nobleza de este mundo. Por un momento, sintió una natural repugnancia a realizar su destino pero pronto pasó. Su corazón le decía que más que un crimen sería un sacrificio; su razón le hacía comprender que no tenía otro recurso. Había que escoger entre vivir egoístamente o vivir para los demás, y por muy terrible que fuera su predestinación no podía permitir que triunfase el egoísmo sobre el amor. Más tarde o más temprano, todos nos encontramos ante el mismo dilema, todos hemos de responder a la misma pregunta. A Lord Arthur se le había presentado tempranamente en la vida, antes de que su naturaleza se hubiera corrompido por el cinismo calculador de la edad madura, o su corazón se hubiese viciado con ese vacío egotismo tan a la moda en nuestros días; así, no vaciló un momento en cumplir su deber. Afortunadamente para él, no era un simple soñador, ni un dilettante ocioso. Si lo hubiese sido, habría dudado como Hamlet y su irresolución hubiera malogrado sus propósitos. Pero Lord Arthur era esencialmente práctico. La vida para él significaba acción, más que pensamiento. Poseía el más raro de los sentidos, que es el sentido común.

Los violentos y turbios sentimientos del día anterior se habían disipado por completo en aquel momento y recordaba casi con vergüenza su insensato vagar por las calles, su terrible agonía emocional. La misma sinceridad de su dolor lo hacía ahora parecer casi irreal. ¿Cómo era posible que su insensatez llegara hasta el punto de desvariar y delirar por lo inevitable? Lo único que ya le preocupaba es quién sería la víctima, pues su ceguera no llegaba hasta el punto de olvidar que el asesinato, como las religiones del mundo pagano, requiere un sacerdote y una víctima. Lord Arthur no era un genio y, por tanto, no tenía enemigos. Además, comprendía que no era el momento de satisfacer rencores personales, siendo como era de tal gravedad y trascendencia la misión que le incumbía. Hizo, pues, una

lista de todos sus amigos y parientes y, tras minuciosas consideraciones, se decidió en favor de Lady Clementina Beauchamp, una anciana y encantadora señora que vivía en Curzon Street, prima suya en segundo grado por parte de madre. Siempre había sentido un profundo afecto por Lady Clem, como todo el mundo la llamaba; y como Lord Arthur era ya muy rico por haber heredado, cuando llegó a su mayor edad, toda la fortuna de Lord Rugby, no había posibilidad de que su muerte le supusiera mayores ventajas pecuniarias. En suma, cuanto más lo pensaba, más se daba cuenta de que Lady Clem era la persona indicada y, comprendiendo que toda vacilación sería una deslealtad con Sibyl, decidió organizar las cosas sin pérdida de tiempo.

Primero, naturalmente, había que liquidar con el quiromántico. Se sentó, pues, ante su mesa escritorio, junto a la ventana y extendió un cheque de 105 libras, pagadero a la orden del señor Septimus Podgers y, después de meterlo en un sobre, ordenó a su lacayo que lo llevara a West Moon Street. Luego telefoneó a la cochera pidiendo su cabriolé, y se vistió para salir. Al punto de hacerlo, miró de nuevo el retrato de Sibyl Merton y juró que, sucediera lo que sucediera, le ocultaría siempre su abnegación y todo lo que estaba haciendo por ella.

Camino del Buckingham Club, entró en una tienda de flores y envió a Sibyl una preciosa cesta de narcisos blancos. Una vez en el club, se fue derecho a la biblioteca, tocó el timbre y ordenó al camarero que le trajese una limonada y un tratado de Toxicología. Se había decidido por el veneno, sintiendo que era el mejor medio para terminar con tan enojoso asunto. Todo lo que significase violencia personal le desagradaba profundamente y, además, no quería asesinar a Lady Clementina de manera que su muerte atrajera la atención pública. Le horrorizaba la idea de que su nombre figurase en las crónicas de sociedad. También tenía que pensar en los padres de Sibyl, que eran gente algo anticuada, y capaces de oponerse al matrimonio si se producía el menor escándalo, aunque tenía la certeza de que, si les ponía en antecedentes, serían los primeros en aprobar su comportamiento. Había, pues, sobrados motivos para decidirse por el veneno. Era un procedimiento sencillo y seguro, y evitaba toda probabilidad de escenas dolorosas, que, como ocurre a la mayoría de los ingleses, le inspiraban una profunda aversión.

De la ciencia de los venenos, sin embargo, no tenía la menor idea, y como el mozo parecía incapaz, de encontrar en la biblioteca otra cosa que no fuera la Guía Ruff y el Bailey's Magazine, él mismo recorrió cuidadosamente con la mirada los estantes, y acabó por encontrar una edición de la Farmacopea, magníficamente encuadernada, y un ejemplar de la Toxicología de Erskine, editada por Sir Mathew Reid, Presidente del Real Colegio de Médicos, y uno de los miembros más antiguos del Buckingham Club, donde fue elegido por equivocación, contratiempo que irritó de tal manera a la Junta que, cuando el verdadero candidato se presentó, votó en contra suya unánimemente. Lord Arthur quedó bastante desconcertado por los términos técnicos que se empleaban en ambos libros y empezaba a lamentar no haber prestado en Oxford mayor atención a los clásicos, cuando en el tomo segundo de Erskine halló una completa e interesantísima descripción de las propiedades de la aconitina, en un inglés transparente y purísimo. Aquél era, precisamente, el veneno que necesitaba: rápido, de efecto casi inmediato, no producía el menor dolor, e ingerido en una cápsula gelatinosa, según recomendaba Sir Mathew, carecía de sabor en absoluto. Anotó, en consecuencia, sobre el puño de la camisa la cantidad necesaria para una dosis fatal, reintegró los libros a sus estantes respectivos, y se dirigió por St. James Street a casa de los eminentes farmacéuticos Pestle y Humbey. El señor Pestle, que servía personalmente a la aristocracia, quedó bastante sorprendido ante la demanda, y en tono deferente aludió a la necesidad de una receta. Sin embargo, en cuanto Lord Arthur le hubo explicado que lo necesitaba para un mastín noruego, del que se veía precisado a

* En francés en el original. (Pequeña, baja).

desembarazarse por presentar manifestaciones de rabia incipiente y haber mordido ya dos veces al cochero en la pantorrilla, demostró quedar perfectamente satisfecho, felicitó a Lord Arthur por su singular conocimiento de la toxicología y preparó la prescripción acto seguido.

Lord Arthur puso la cápsula en una preciosa bombonera de plata, que había comprado en una tienda de Bond Street, arrojó la cajita que le facilitaran en el almacén de Pestle y Humbey y se dirigió inmediatamente al domicilio de Lady Clementina.

-Muy bien, monsieur le mauvais sujet(*) -exclamó la anciana señora, cuando hubo franqueado la puerta del salón-. ¿Por qué razón no ha venido usted a verme en todo este tiempo?

-Mi querida Lady Clem, nunca tengo un instante libre -se disculpó Lord Arthur, sonriendo.

-¿Supongo querrás decir que te pasas el día al lado de Sibyl Merton, comprando chiffons(**) y diciendo tonterías? Nunca he logrado comprender por qué la gente mete tanto ruido para casarse. En mis tiempos, nunca nos hubiéramos atrevido a hacer tanta ostentación pública ni privada de cosas tan triviales.

-Le aseguro a usted que no he visto a Sibyl desde hace veinticuatro horas, Lady Clem. Según parece, está en manos de las modistas.

-¡Naturalmente! Sólo así se explica que vengas a ver a una pobre vieja como yo. Nunca me he explicado por qué los hombres no escarmientan en cabeza ajena. On a fait des folies pour moi(***), y aquí me tienes, hecha una desdichada reumática, con el pelo postizo y un genio de todos los demonios. Y si no fuera por esa querida Lady Jansen, que me envía las novelas francesas más abominables que puede encontrar, no sé cómo me las arreglaría para pasar el tiempo. Los médicos no sirven para nada, como no sea para cobrar sus honorarios. Ni mi acidez son capaces de curar.

-Le traigo a usted un remedio para ello, Lady Clem -dijo Lord Arthur gravemente-. Es un específico maravilloso, inventado por un norteamericano.

-No me han gustado nunca esos inventos, Arthur. He leído últimamente algunas novelas norteamericanas y me han parecido sin pies ni cabeza.

-¡Ah!, la cosa es muy distinta. Este específico se lo garantizo yo a usted, Lady Clem. Le aseguro que es un remedio infalible. Ha de prometerme usted que lo probará.

Y Lord Arthur, sacando la bombonera del bolsillo, hizo entrega de ella a Lady Clementina.

-¡Qué bombonera tan deliciosa, Arthur! ¡Pero si es una verdadera joya! ¡Qué amable! ¿Y es éste ese maravilloso específico? Parece un bombón. Me lo voy a comer ahora mismo.

-¡Santo cielo, Lady Clem! -exclamó Lord Arthur, deteniéndola-. ¡No haga usted tal! Es un remedio homeopático y si lo toma usted sin experimentar dolores, puede hacerle daño.

Debe usted esperar para tomarlo a que se presente un ataque. Quedará usted sorprendida de los resultados.

-Hubiera preferido tomarlo inmediatamente -dijo Lady Clementina, mirando al trasluz la cápsula transparente, con su burbuja flotante de aconitina-. Estoy segura de que es delicioso. La verdad es que odio a los médicos, pero adoro las medicinas. No obstante, lo reservaré para mi próximo ataque.

-Y ¿cuándo tendrá lugar? -pregunto Lord Arthur con ansiedad-. ¿Será pronto?

-No creo que tarde más de una semana. Pasé ayer muy mala mañana, pero nunca se sabe con certeza.

-Entonces, ¿está usted segura de que sobrevendrá antes de fin de mes Lady Clem?

-Mucho lo temo. ¡Pero qué simpático estás hoy, Arthur! La verdad es que Sibyl ha influido en ti beneficiosamente. Y, ahora, es preciso que me dejes. He de cenar con una gente muy aburrida, poco amiga de chismorrear, y tengo la seguridad de que, si no echo un sueñecito antes, me quedaré dormida durante la cena. Adiós, Arthur; mis más cariñosos saludos a Sibyl y muchísimas gracias por tu específico norteamericano.

- ¿No se olvidará usted de tomarlo, verdad, Lady Clem? -insistió Lord Arthur, levantándose.

¡Naturalmente que no, tonto! No sabes cuanto te agradezco ese interés por mi salud. Ya te escribiré el resultado de tu medicina.

Lord Arthur salió de casa de Lady Clementina muy satisfecho y reconfortado, como quien se ha quitado un gran peso de encima. Aquella noche tuvo una entrevista con Sibyl Merton. Le explicó que se había encontrado de improviso en una situación terriblemente difícil, ante la cual ni el honor ni el deber le permitían retroceder. Le explicó que era preciso retrasar el matrimonio por el momento, pues hasta que no lograra salir de aquel enredo no se sentiría en posesión de su libertad. Le suplicó que confiara en él y que no dudara del porvenir. Todo se arreglaría, pero era preciso tener un poco de paciencia.

La escena tenía lugar en el invernadero de la casa del señor Merton, en Lane Park, donde Lord Arthur había comido como de costumbre. Sibyl nunca había parecido tan feliz, y por un momento Lord Arthur sintió tentaciones de escribir a Lady Clementina revelándole el secreto de la píldora y casarse sin más ni más, como si no existiera en el mundo ningún señor Podgers. No obstante, reaccionó pronto, y no hubo de desfallecer ni cuando Sibyl se arrojó en sus brazos llorando. La belleza que hizo vibrar sus sentidos, despertó también su conciencia. Comprendió que habría sido una cobardía, y que arruinar una vida tan hermosa como la suya por anticiparse unos meses de felicidad habría sido una mala acción.

Permaneció junto a Sibyl hasta cerca de medianoche, confortándola y siendo confortado a su vez. Y a la mañana siguiente, muy temprano, partió para Venecia, después de haber escrito al señor Merton una carta varonil y decidida sobre la necesidad de aplazar la boda.

IV

N VENECIA SE ENCONTRÓ con su hermano Lord Surbiton, que acababa de llegar de Corfú en su yate. Pasaron reunidos un par de semanas deliciosas. Durante la mañana paseaban a caballo por el Lido, o se deslizaban a lo largo de los verdes canales en su esbelta góndola negra; por la tarde, habitualmente recibían visitas en el yate y por la noche comían en el Florian y paseaban por la Piazza fumando cigarrillo tras cigarrillo. Sin embargo, Lord Arthur no era feliz. Todos los días leía minuciosamente la lista de defunciones en el Times, esperando ver la noticia del fallecimiento de Lady Clementina, y todos los días sufría la misma decepción. Comenzó a temer algún accidente y a veces se arrepentía de no haber dejado a Lady Clem ensayar cuando quiso hacerlo, los efectos de la aconitina. Además, las cartas de Sibyl, aunque desbordantes de amor y confianza, traslucían una gran tristeza, que aumentaba la suya. En ocasiones, hasta le parecía haberse separado de ella para siempre.

Al cabo de dos semanas, Lord Surbiton estaba hastiado de Venecia, y decidió recorrer la costa hasta Ravenna. Lord Arthur, al principio, se negó rotundamente a acompañarle, pero Surbiton, a quien quería extraordinariamente, acabó por convencerle de que, si continuaba en el Hotel Danielli, acabaría por fallecer de aburrimiento. Así, la mañana del día 15 se hicieron a la mar, que estaba bastante picada, con un fuerte viento nordeste. La travesía fue excelente y el aire libre y puro del mar devolvió sus colores a las mejillas de Lord Arthur. Pero, hacia el día 22, se apoderó de él nuevamente la preocupación de Lady Clementina y, a pesar de las protestas de Surbiton, regresó en tren a Venecia.

Cuando saltó de la góndola, según subía las escaleras, el propietario del Hotel se adelantó hacia él con un telegrama en la mano. Lord Arthur se lo arrebató, apresurándose a abrirlo. ¡Al fin se

habían realizado sus deseos: Lady Clementina había fallecido casi repentinamente la noche del 17!

Su primer pensamiento fue para Sibyl, a quien puso un telegrama, anunciándole su inmediato regreso a Londres. Luego ordenó a su ayuda de cámara que hiciera el equipaje para el tren de la noche; remuneró con esplendidez a su gondolero y se dirigió hacia sus habitaciones precipitadamente, desbordándose de júbilo el corazón. Allí encontró esperándole tres cartas: una de Sibyl, llena de ternura, dándole el pésame; otra de su madre, y la tercera del notario de Lady Clementina. Parecía ser que la anciana señora había cenado con la duquesa aquella misma noche, deleitando a todo el mundo con su esprit(*) y sus agudezas, y se había retirado casi en seguida quejándose del estómago. A la mañana siguiente fue hallada muerta en su lecho sin apariencia de haber sufrido. Como es natural, se avisó inmediatamente a Sir Mathew Reid. Pero ya nada se podía hacer y el día 22 fue enterrada en Beauchamp Chalcote. Pocos días antes de morir había testamentado, legando a Lord Arthur su casita de Curzon Street con todo el mobiliario, efectos personales y cuadros, exceptuando la colección de miniaturas, que dejaba a su hermana Lady Margaret Rufford, y su collar de amatistas, destinado a Sibyl Merton. El inmueble no era de gran valor, pero el notario, señor Mansfield, deseaba que Lord Arthur regresara inmediatamente, de ser posible, pues era preciso pagar una porción de facturas, ya que Lady Clementina nunca había tenido sus cuentas en orden.

Lord Arthur se sintió muy conmovido por el amable recuerdo de Lady Clementina, y pensó que el señor Podgers había contraído una grave responsabilidad en este asunto. Su amor por Sibyl, sin embargo, ahogó toda otra emoción, y la conciencia de haber cumplido con su deber le serenó y confortó. Al llegar a Charing Cross se sentía ya absolutamente feliz.

Los Merton le acogieron muy afectuosamente. Sibyl le hizo prometer que ningún nuevo obstáculo se interpondría ya entre ellos y decidieron que la boda se celebraría el 7 de junio. La vida le pareció otra vez luminosa y perfecta, y toda su alegría de antes volvió a él de nuevo.

Pero he aquí que un día, recorriendo la casita de Curzon Street, en compañía del procurador de Lady Clementina y de Sibyl, mientras quemaba cartas viejas y desechaba antiguallas inútiles, de pronto Sibyl lanzó una exclamación de alegría.

-¿Qué has encontrado, Sibyl? -preguntó Lord Arthur, mirándola y sonriendo.

-¡Fíjate qué bombonera tan deliciosa, Arthur! Parece holandesa. ¿Me la regalas? Las amatistas no me sentarán bien hasta que no haya cumplido los ochenta.

Era la cajita que contuviera la aconitina.

Lord Arthur se estremeció y un ligero rubor acudió a sus mejillas. Casi había llegado a olvidarse del incidente y le parecía una coincidencia singular que Sibyl, por amor a la cual había sufrido tan terrible ansiedad, fuera la primera en recordárselo.

- ¡Por supuesto, Sibyl! Yo mismo se la regalé a Lady Clem.

-Gracias, Arthur. Y este bombón, ¿me lo das también? Ignoraba que Lady Clementina fuera aficionada a las golosinas. La creía demasiado intelectual.

Lord Arthur se puso mortalmente pálido. Una idea horrible cruzó por su imaginación.

- ¿Un bombón, Sibyl? ¿Qué quieres decir? -interrogó penosamente, con voz ronca.

-Uno que hay aquí dentro. Parece viejo y está todo polvoriento; y la verdad es que no tengo la menor intención de comérmelo... Pero, qué te pasa, Arturo? Estás muy pálido.

Lord Arthur corrió hacia ella y se apoderó febrilmente de la cajita. En su interior estaba la cápsula ambarina, con la burbuja ponzoñosa. ¡Lady Clementina había muerto de muerte natural!

La sacudida que le ocasionó este descubrimiento era superior a sus fuerzas. Arrojó la cápsula al fuego y se dejó caer en el sofá, exhalando un grito de desesperación.

V

El señor Merton le ocasionó un grave disgusto este nuevo aplazamiento de la boda. Lady Julia, que había encargado ya su vestido para la ceremonia hizo cuanto pudo para que Sibyl deshiciera el matrimonio. Pero, a pesar del cariño que profesaba a su madre, Sibyl había consagrado ya su vida a Lord Arthur y nada de lo que Lady Julia pudo decirle hizo vacilar su fe.

En cuanto a Lord Arthur, necesitó bastantes días para recobrarse del terrible golpe y durante mucho tiempo sus nervios no funcionaron normalmente. Su habitual sentido común no tardó sin embargo en prevalecer, y su espíritu a la vez práctico y recto le mostró, sin lugar a dudas, lo que debía hacer. Puesto que el veneno había fracasado totalmente, era indudable que se imponía la dinamita o cualquier otro explosivo.

Repasó de nuevo, en consecuencia, la lista de sus amigos y allegados, y tras serias reflexiones se decidió por su tío el Deán de Chichester. El Deán, hombre muy culto y estudioso, era extremadamente aficionado a los relojes y poseía una maravillosa colección que abarcaba desde el siglo XV hasta nuestros días. Lord Arthur pensó que esa afición del buen Deán le ofrecía una excelente oportunidad para realizar su proyecto. Pero procurarse una máquina explosiva, presentaba, como era natural, sus dificultades. La Guía de Londres no le procuró la menor información sobre el particular, y pensó que quizá no sería prudente acudir en consulta a Scotland Yard, donde hasta que surge cada nuevo atentado apenas si parecen tener noticia del grupo dinamitero.

De pronto, pensó en su amigo Ruvaloff, un joven ruso de tendencias revolucionarias, a quien había conocido el invierno último en casa de Lady Windermere. El conde Ruvaloff pasaba por estar escribiendo una vida de Pedro el Grande y haber venido a Inglaterra con el propósito de estudiar los documentos relacionados con la estancia del Zar en Inglaterra, cuando aprendía para carpintero naval, pero casi todo el mundo le tenía por un agente nihilista y era indudable que la embajada rusa no veía con muy buenos ojos su presencia en Londres. Lord Arthur comprendió que aquél era el hombre que necesitaba, y una mañana se dirigió hacia su alojamiento de Bloomsbury, decidido a pedirle consejo y ayuda.

-¿Al fin va usted a ocuparse en serio de política? -preguntó el conde Ruvaloff, cuando Lord Arthur le hubo expuesto el objeto de su visita.

Pero Lord Arthur, que detestaba las jactancias, se creyó en el deber de confesarle que los problemas sociales no le interesaban lo más mínimo y que precisaba una máquina explosiva para un asunto puramente de familia.

El conde Ruvaloff le consideró durante unos instantes con asombro y luego, al ver que hablaba completamente en serio, escribió una dirección en un pedazo de papel, firmó con sus iniciales y se lo entregó, diciendo:

-En Scotland Yard celebrarían mucho conocer esta dirección, mi querido amigo.

-Pues seguirán ignorándola -exclamó Lord Arthur, riendo.

Y después de estrechar con toda cordialidad la mano del joven ruso, se retiró lleno de impaciencia y una vez en la calle, examinó el papel, ordenando al cochero que le condujera a Soho Square.

Allí lo despidió y bajó por Greek Street, hasta que llegó a un lugar denominado Bayle's Court. Atravesando un pasadizo, se encontró en un extraño callejón sin salida, aparentemente ocupado por un lavadero francés, pues de una casa a otra había tendida una verdadera red de cuerdas con ropa blanca colgada, que hacía revolar el aire de la mañana. Lord Arthur se dirigió hacia el fondo y llamó a la puerta de una casita verde. Al cabo de unos momentos de espera, durante los cuales las ventanas del patio se llenaron de rostros curiosos, le abrió la puerta un extranjero de aire rudo, que le preguntó en mal inglés lo que deseaba. Lord Arthur le alargó el papel que le entregara el conde

Ruvaloff. Apenas lo hubo examinado, hizo el extranjero una reverencia e invitó a Lord Arthur a que pasara a una habitación de aspecto miserable, situada en el piso bajo. Momentos después, Herr Winckelkopf, nombre con el que era conocido en Inglaterra, entró apresuradamente en la habitación, con una servilleta llena de manchas de vino alrededor del cuello y un tenedor en la mano izquierda.

-El conde Ruvaloff me ha dado una nota de presentación para usted -dijo Lord Arthur inclinándose-. Necesito hablarle de un asunto.

Me llamo Smith, Robert Smith, y deseo: me procure usted un reloj explosivo.

-Encantado de saludar a usted, Lord Arthur -replicó el malicioso y minúsculo alemán, riendo-. Pero no se alarme usted. Mi deber es conocer a todo el mundo y recuerdo haberle visto una noche en casa de Lady Windermere, que espero continuará sin novedad. ¿Quiere usted hacerme compañía mientras termino de almorzar? Tengo un excelente pâte y mis amigos son tan amables que aseguran que mi vino es mejor que el que se bebe en la Embajada alemana.

Y antes de que Lord Arthur se hubiera recobrado de la sorpresa, se encontró sentado en una habitación interior, saboreando el más delicioso Marcobrünner en una copa amarillenta marcada con el monograma imperial, y charlando de la manera más amigable con el famoso conspirador.

-Los relojes explosivos -dijo Herr Winckelkopf- no son artículos de fácil exportación, pues, aunque logren atravesar la Aduana, el servicio de trenes es tan irregular, que por lo general estallan antes de haber llegado a su destino. No obstante, si necesita usted uno corriente para uso doméstico, puedo proporcionarle un artículo excelente, con toda clase de garantías. ¿Tiene usted la bondad de indicarme a quién está destinado? Si es para la policía o para cualquier persona relacionada con Scotland Yard, lo sentiré mucho, pero no podré complacerle. Los policías ingleses son realmente nuestros mejores amigos y la experiencia me ha enseñado que podemos confiar ampliamente en su estupidez y hacer cuanto se nos antoje. Ya comprenderá usted que en estas condiciones no puedo avenirme a sacrificar ni uno solo de ellos.

-Le aseguro a usted -dijo Lord Arthur-, que esto no tiene la menor relación con la policía. En fin, el reloj está destinado al Deán de Chichester.

-¡Caramba! No creí que tomara usted tan a pecho las cuestiones religiosas, Lord Arthur. Pocos jóvenes lo hacen hoy día.

-Se equivoca usted, Herr Winckelkopf -dijo Lord Arthur sonrojándose. La verdad es que no tengo la más ligera idea de teología.

-Entonces, ¿se trata de un asunto puramente particular?

-Completamente.

Herr Winckelkopf se encogió de hombros y salió de la habitación, volviendo al cabo de unos instantes con un pan redondo de dinamita del tamaño de un penique y un delicioso reloj francés, coronado por una figura de bronce dorado, que representaba la Libertad aplastando a la hidra del Despotismo.

Al verlo, el rostro de Lord Arthur resplandeció de alegría.

-Justamente lo que necesitaba -exclamó-. Ahora indíqueme usted cómo estalla.

- ¡Ah!, ése es mi secreto -respondió Herr Winckelkopf, contemplando su invento con legítimo orgullo-. Dígame usted cuándo desea que estalle y dispondré la maquinaria para el momento oportuno.

-Bueno... Hoy es martes y si puede usted enviarlo inmediatamente...

Imposible. Tengo muchos y muy importantes trabajos que llevar a cabo para unos amigos de Moscú. Pero, a pesar de todo, se lo enviaré mañana.

-¡Oh, es lo mismo! -exclamó Lord Arthur cortésmente-. Mañana por la noche o el jueves por la mañana, como usted guste. En cuanto al momento de la explosión, fijémoslo para el viernes a mediodía en punto. A esa hora, el Deán está siempre en casa.

-Para el viernes a mediodía -repitió Herr Winckelkopf, tomando nota en un voluminoso libro mayor que sacara de un escritorio situado

junto a la chimenea.

-Y ahora -dijo Lord Arthur levantándose haga usted el favor de indicarme qué le debo.

-Es una insignificancia, Lord Arthur; a tal punto, que le cargaré estrictamente el precio de costo. La dinamita vale siete chelines y medio; el reloj, tres libras y diez chelines; los portes, unos cinco chelines. Para mí es siempre un placer servir a un amigo del conde Ruvaloff.

-Pero, ¿y su trabajo, Herr Winckelkopf?

- ¡Oh, no vale nada! Es un recreo para mí. Trabajo por amor al arte y vivo exclusivamente dedicado a él.

Lord Arthur depositó sobre la mesa cuatro libras, dos chelines y seis peniques, dio las gracias al minúsculo alemán por su amabilidad después de haber logrado declinar una invitación para un té en honor de varios anarquistas, que había de celebrarse el sábado siguiente, abandonó aquella casa y se dirigió hacia el Parque.

Durante dos días vivió en un estado de terrible excitación. Y el viernes, a las doce de la mañana, se dirigió al club, en espera de noticias.

El portero se pasó toda la tarde fijando telegramas procedentes de los más alejados rincones del país, con el resultado de las carreras, las sentencias de los procesos de divorcio, el estado del tiempo y otras informaciones semejantes, mientras la cinta telegráfica desfilaba con detalles abrumadores sobre la sesión nocturna de la Cámara de los Comunes y un ligero pánico que se había producido en la Bolsa. A las cuatro, llegaron los periódicos de la noche y Lord Arthur se sumió en la biblioteca, con el Pall Mall, el St. James's, el Globe y el Echo, con gran indignación del Coronel Goodchild, que deseaba leer la reseña del discurso que había pronunciado aquella mañana en la Alcaldía sobre las Misiones Sud-Africanas y la conveniencia de tener obispos negros en todas las colonias. Ninguno de los periódicos, sin embargo, hacía la menor alusión a Chichester y Lord Arthur presintió que su intento había fracasado. Fue para él un golpe terrible y durante algún tiempo se sintió profundamente abatido.

Herr Winckelkopf, a quien visitó al día siguiente, se deshizo en explicaciones, y le prometió otro reloj libre de gastos, o una caja de bombas de nitroglicerina, al precio de costo. Pero Lord Arthur había perdido toda confianza en los explosivos y Herr Winckelkopf mismo reconoció que todo estaba ya tan adulterado, que era dificilísimo adquirir dinamita en buenas condiciones. No obstante, el minúsculo alemán, aun admitiendo que algo debía de andar mal en la maquinaria, no perdía la esperanza de que el reloj estallara. Y citó el caso de un barómetro enviado en una ocasión al Gobernador militar de Odesa, dispuesto para que estallara al décimo día, que explotó pasados tres meses. Verdad es que, al estallar, sólo consiguió reducir a átomos a una de las criadas, por encontrarse el Gobernador en el campo, pero, por lo menos, demostró que la dinamita, como fuerza destructora al servicio de una maquinaria, era un agente poderosísimo, aunque un tanto inexacto. Lord Arthur se sintió aliviado ante esta idea, pero, estaba predestinado a una nueva decepción. Dos días más tarde, cuando subía la escalera, le llamó la duquesa a su tocador, para mostrarle una carta que acababa de recibir de la familia del Deán.

-Jane escribe unas cartas deliciosas -dijo la Duquesa-; tienes realmente que leer la última. Es casi tan interesante como las novelas que nos envía Mudie.

Lord Arthur le arrebató la carta de las manos y leyó lo que sigue:

Deanato de Chichester
27 de mayo.

Mi muy querida tía: Mil gracias ante todo por la franela que me envió la Sociedad Dorcas, así como por la tela. De acuerdo en que es una tontería ese empeño en llevar cosas bonitas, pero hoy día todo el mundo es tan progresista y tan poco religioso, que resulta muy difícil hacer comprender a los pobres que no deben pretender vestirse como las clases superiores. La verdad es que no sé adonde vamos a parar. Como dice papá muy a menudo en sus sermones, vivimos en un siglo de incredulidad.

Nos hemos reído mucho estos días con un reloj que un admirador anónimo de papá le envió el jueves pasado. Lo trajeron de Londres en una caja de madera, con los portes pagados, siendo papá de opinión que se trata de un regalo de alguien que ha leído su hermoso sermón: «Distingamos entre la Libertad y el Libertinaje», pues sobre el reloj hay una figura de mujer con algo sobre la cabeza que papá dice es el gorro de la Libertad. A mí esto no me parece muy bien; pero papá dice que es histórico y supongo que tiene razón.

Parker lo desempaquetó, y papá lo puso en la biblioteca sobre la repisa de la chimenea, y allí estábamos todos sentados el viernes por la mañana, cuando, en el momento en que el reloj daba las doce, oímos como un zumbido. Del pedestal de la figura salió una nubecilla de humo y la Diosa de la Libertad cayó al suelo y se rompió la nariz contra el guarda fuegos de la chimenea. María se alarmó bastante, pero la cosa era tan ridícula, que a Jaime y a mí nos dio mucha risa, y hasta a papá pareció hacerle gracia. Cuando hubimos examinado el reloj, vimos que era una especie de despertador y que, colocando la aguja en una hora determinada, si se pone un poco de pólvora y un fulminante bajo el martillo, se produce el estallido en el momento deseado. Papá no ha querido dejarlo en la biblioteca, porque hace mucho ruido, así que Reggie se lo ha llevado a la escuela y allí continuó produciendo pequeños estallidos durante todo el día. ¿Crees que le agradaría a Arthur un regalo de boda semejante? Supongo que estarán muy de moda en Londres. Papá asegura que estos relojes harán mucho bien, pues demostrarán que la Libertad no es duradera y que más tarde o más temprano tiene que caer. Para papá, la Libertad fue inventada en tiempos de la Revolución francesa. ¡Qué cosa tan horrible!

Voy a ir ahora a la Dorcas, para leerles su carta, que les ha de enseñar muchas cosas, porque es muy instructiva. ¡Qué verdad es, querida tía lo que dice usted de que, dada su posición modesta, no deberían distinguirse en el vestir! esa preocupación por el traje es realmente absurda, habiendo como hay tantas cosas mucho más, importantes que hacer en este mundo y en el próximo. ¡Cuánto celebro que su popelina le haya dado tan buen resultado y que el encaje no se desgarrara! El próximo miércoles pienso llevar a casa del Obispo el traje de seda amarilla que tuvo usted la bondad de regalarme y espero que hará muy buen efecto. ¿ Y lazos, se pondría usted en mi lugar alguno? Jennings asegura que hoy día todo el mundo lleva lazos y, que las enaguas se llevan rizadas. Reggie acaba de presenciar una nueva explosión y papá ha mandado que se lleven el reloj a la cuadra. No creo que esté ahora papá tan satisfecho del reloj como, en el primer momento, aunque le haya halagado mucho el que le regalen un juguete tan ingenioso y tan bonito, pues esto demuestra que la gente lee sus sermones y saca provecho de ellos.

Papá, Jaime, Reggie y María, todos les envían sus mejores recuerdos, y esperan que tío Cecilio esté mejor de su gota. Usted, querida tía, sabe lo mucho que la quiere su sobrina,

Jane Percy

P.S. No deje de contestarme sobre lo que le digo de los lazos. Jennings insiste en que están muy de moda.

Cuando hubo terminado la carta Lord Arthur, tenía un aire tan serio y tan afligido, que la duquesa se echó a reír a carcajadas.

-En la vida volveré a enseñarte otra carta de muchacha, querido Arthur. Pero, ¿qué te parece lo del reloj? Debe ser un invento extraordinario. Por mi parte, me gustaría tener uno.

-No me inspiran gran confianza esos relojes -dijo Lord Arthur, sonriendo tristemente. Y, después de besar a su madre, salió de la habitación.

Cuando llegó a su cuarto, se dejó caer en un sofá, con los ojos llenos de lágrimas. Había hecho todo lo posible por realizar el crimen y había fracasado por dos veces aunque no ciertamente por culpa suya. Había intentado cumplir con su deber, pero parecía como si el propio Destino le traicionase. Se sentía abrumado por la evidente esterilidad de sus buenas intenciones, por la inutilidad de sus esfuerzos en obrar moralmente. Quizás fuera preferible romper para siempre su matrimonio. Sibyl sufriría, es verdad, pero no era posible que el

sufrimiento malograra una naturaleza tan noble como la suya. En cuanto a él, ¿qué importaba? Siempre hay alguna guerra en el mundo, donde puede morir un hombre; alguna causa por la que dar su vida. Y como la vida no tenía ya atractivo para él, la muerte tampoco le asustaba. ¡Que se cumpliese su destino! El no haría nada por impedirlo.

A las siete y media, se vistió y se fue al club. Allí estaba Surbiton, en compañía de otros jóvenes, y no tuvo más remedio que cenar con ellos. Su conversación banal y sus gestos ociosos no le interesaban, y tan pronto como hubieron servido el café se separó de ellos, pretextando una cita. Al salir del club, el portero le entregó una carta. Era de Herr Winckelkopf, que le invitaba para que fuera la noche siguiente a ver un paraguas explosivo, que estallaba en el momento de abrirse. Era la última palabra en la materia y acababa de llegar de Ginebra. Hizo pedazos la carta. Estaba decidido a no intentar ninguna otra experiencia. Luego, vagó al azar por las orillas del Támesis y se pasó varias horas sentado junto al río. La luna asomaba tras una maraña de nubes sombrías, semejante al ojo de un león, e innumerables estrellas tachonaban con su oro la bóveda celeste. De vez en cuando una barcaza se deslizaba por la turbia corriente y los discos del ferrocarril pasaban del verde al rojo, a medida que los trenes cruzaban el puente con estrépito. Al cabo de un largo rato, sonaron las doce en la alta torre de Westminster y la noche pareció estremecerse a cada sonora campanada del reloj. Luego, las luces de la estación se apagaron. Sólo una lámpara solitaria continuó brillando como un enorme rubí sobre un mástil gigantesco, y los rumores de la ciudad fueron extinguiéndose lentamente.

A las dos, Lord Arthur se puso de pie y se dirigió pausadamente hacia Blackfriars. ¡Qué absurdo le parecía todo! ¡Era como una pesadilla! Las casas, al otro lado del río, parecían construidas de tinieblas. Hubiérase dicho como si el mundo en torno hubiera sido modelado de nuevo en sombra y plata. La cúpula gigantesca de San Pablo se elevaba como una enorme burbuja en medio de la atmósfera oscura.

Caminando hacia la Aguja de Cleopatra, distinguió a un hombre inclinado sobre el parapeto del río. Cuando estuvo cerca, como mirase hacia él, su rostro quedó iluminado por la luz de un farol.

¡Era el señor Podgers, el quiromántico! Imposible confundir su faz adiposa y lacia, con sus anteojos de oro, su sonrisa macilenta y su boca sensual.

Lord Arthur se detuvo. Una idea luminosa le relampagueó en el cerebro. Deslizándose cautelosamente, hacia el señor Podgers, en un abrir y cerrar de ojos lo cogió por las piernas y lo arrojó al Támesis. Se oyó un juramento y un chapuzón; luego, todo quedó en silencio. Lord Arthur miró ansiosamente hacia el río, pero no logró percibir el menor vestigio del quiromántico, a excepción de un sombrero de copa, que pirueteaba en torno a un remolino iluminado por la claridad de la luna. Al cabo de unos instantes también desapareció y ni el más leve rastro quedó del señor Podgers. Hubo un momento en que creyó percibir una vaga silueta disforme trepando por la escalera del puente, y un horrible sentimiento de fracaso se apoderó de él. Pero se trataba de un simple reflejo y, cuando la luna brilló de nuevo, desapareció. ¡Al fin parecía haber cumplido el decreto del Destino! Exhaló un profundo suspiro de satisfacción y el nombre de Sibyl acudió a sus labios.

-¿Se le ha caído a usted algo, caballero? -interrogó súbitamente una voz a sus espaldas.

Volviéndose, vio a un policía con una linterna sorda.

-Nada de particular, guardia -respondió sonriente y, llamando a un coche de punto que por allí pasaba, se metió en él y ordenó al cochero que le condujese a Belgrave Square.

Durante algunos días vivió en una alternativa de esperanzas y temores. Había momentos en que casi se le figuraba que el señor Podgers iba a entrar por la puerta; otras, sin embargo, tenía la convicción de que el Destino no podía ser tan injusto con él. Dos veces fue al domicilio del quiromántico, pero en ninguna de las dos se decidió a tocar el timbre. Ansiaba saber la verdad y, no obstante, la temía.

Pero al fin supo a qué atenerse. Estaba sentado en el fumoir del club tomando el té y escuchando con bastante aburrimiento a Surbiton, que le explicaba la última canción cómica del Gajety, cuando uno de los mozos entró con los periódicos de la noche. Cogió el St. James y hojeábalo distraídamente, cuando los siguientes titulares atrajeron su atención:

SUICIDIO DE UN QUIROMANTICO

Pálido de emoción, comenzó a leer la reseña, que decía lo siguiente:

Ayer, a las siete de la mañana, fue arrojado a la costa, a la altura de Greenwich, frente al Hotel Ship, el cuerpo del eminente quiromántico Sr. Septimus R. Podgers. El infortunado caballero había desaparecido desde hacía algunos días y en los círculos quirománticos reinaba una gran ansiedad con respecto a su persona. Se supone que se suicidó bajo la influencia de un desequilibrio mental momentáneo, debido a exceso de trabajo; tal ha sido el veredicto del jurado en la instrucción de esta tarde. El Sr. Podgers acababa juntamente de terminar un completísimo tratado sobre la mano humana, que se ha de publicar en breve y que seguramente despertará un gran interés. El finado tenía sesenta y cinco años, y parece ser que no ha dejado familia alguna.

Lord Arthur salió precipitadamente del club con el periódico todavía en la mano -con gran asombro del portero, que en vano intentó detenerle- y ordenó a su cochero que le condujera a Park Lane inmediatamente. Sibyl le vio llegar desde una ventana y le dio el corazón que traía buenas noticias. Salió corriendo a su encuentro y, cuando vio su rostro, comprendió que las cosas iban bien.

-¡Querida Sibyl! -exclamó Lord Arthur- casémonos mañana!

-¡Loco! -dijo Sibyl, entre riendo y llorando-. ¡Pero si aún no hemos encargado el pastel de boda!

VI

El día en que se celebró el matrimonio, unas tres semanas después, la iglesia de San Pedro se vio invadida por una elegantísima concurrencia. Los santos oficios fueron leídos por el Deán de Chichester del modo más conmovedor. Y fue opinión unánime que nunca se había visto una pareja tan encantadora como la que formaban la novia y el novio. Brillaba en ellos, sin embargo, -algo más que la belleza: era la felicidad. Ni por un solo momento sintió Lord Arthur todo lo que había sufrido por causa de Sibyl. Y ella, por su parte, le colmó de todo lo que una mujer puede ofrecer a un hombre: adoración, ternura y amor. Para ellos, la ilusión no fue destruida por la realidad. Y se sintieron eternamente jóvenes.

Pasados algunos años, cuando ya tenían dos preciosos niños, fue a visitarles Lady Windermere a Alton Priory, una vetusta y deliciosa propiedad, regalo de boda del duque a su hijo.

Una tarde, sentada con Sibyl en el jardín, a la sombra de un tilo, viendo cómo jugaban los dos niños, semejantes a dos rayos de sol traviesos, en una avenida de rosales, Lady Windermere tomó de pronto entre sus manos las manos de Sibyl y le preguntó:

- ¿Eres realmente feliz, hija mía?

- ¡Pues claro que sí, querida Lady Windermere! ¿Y usted, no lo es también?

-No tengo tiempo para serlo, Sibyl; siempre me gusta la última persona que me presentan. Pero, por lo general, apenas la conozco me canso de ella.

-¿Cómo? ¿Ya no le bastan a usted sus celebridades, Lady Windermere?

- ¡Oh, no querida! Las celebridades no sirven más que para una temporada. En cuanto se cortan las melenas, resultan la gente más

insoportable del mundo. Sin contar que, si es una demasiado buena con ellos, acaban siempre por portarse mal. ¿Recuerdas a aquel horrible señor Podgers? Era un impostor tremendo. Claro que eso me tenía sin cuidado, y aun el que me pidiese dinero prestado, pero no podía soportar que me cortejara. Acabó por hacerme odiar la quiromancia. Ahora, lo que me apasiona es la telepatía. Es mucho más divertida.

-No irá usted a hablar mal de la quiromancia en esta casa, Lady Windermere; es la única cosa sobre la que Arthur no admite bromas. Le aseguro a usted que sus ideas sobre este punto son muy serias.

-¿No querrás decir que cree en ella, Sibyl? -Pregúnteselo usted a él, Lady Windermere. Precisamente aquí llega.

Y Lord Arthur avanzó a través del jardín, con un gran ramo de rosas amarillas en la mano y sus dos hijos haciendo cabriolas en torno suyo.

-¿Lord Arthur?

-¿Qué, Lady Windermere?

-¿Es verdad que cree usted en la quiromancia?

-Naturalmente -repuso Lord Arthur, sonriendo.

-Pero, ¿y por qué?

-Porque le debo toda mi felicidad murmuró Lord Arthur, dejándose caer sobre un sillón de mimbre.

-¿Y qué es lo que le debe usted, mi querido Lord Arthur, si puede saberse?

-Le debo a Sibyl -replicó Lord Arthur, ofreciendo las rosas a su mujer y contemplando sus ojos color violeta.

- ¡Qué tontería! -exclamó Lady Windermere-. ¡En mi vida he oído un disparate semejante!

OSCAR WILDE 1854-1900

Durante mucho tiempo prevaleció una imagen estereotipada de Oscar Wilde: la del hombre muy superior a su obra. El propio Wilde no fue ajeno a ese aserto; por el contrario, más de una vez lo estimuló. Según cuenta André Gide durante una noche en Blidah (Argelia), el escritor irlandés le confesó el tedio que le producía escribir: «¿Quiere usted saber el gran drama de mi vida?... Es que he puesto mi genio en mi vida, y sólo mi talento en mis obras».

Gran escritor, no; pero sí gran vividor, escribiría Gide al año siguiente de la muerte de Wilde. Pero este desdén por su literatura se fue poco a poco disipando con el tiempo, en la misma medida en que sus contemporáneos fueron dejando atrás al Wilde de salón, al hombre de encanto personal, a la figura ingeniosa, al dandy por excelencia, al conversador talentoso y agudo, que brillaba, sarcásticamente, en medio de la formal y estratificada sociedad victoriana. El mismo André Gide, reconoció años después, que su opinión sobre la obra de Oscar Wilde había variado completamente, rescatándola en todo su valor, en especial sus comedias.

Es verdad que su deseo de vivir intensamente, de agotar sensaciones, de acumular experiencias, de convertir el mundo exterior en riqueza interna, de llevar hasta los extremos límites sus ideas, pueden haber afectado su obra. Pero sus poemas, sus ensayos, sus narraciones y sus piezas teatrales, son más que suficientes para que Oscar Wilde ocupe un lugar destacado en la literatura inglesa de fines del siglo pasado. Hoy se le podrá discutir, pero el desdén y la hostilidad, con que en un momento se le vio, se han desvanecido completamente. Y más que eso, en muchos aspectos su visión de mundo aparece como precursora de movimientos que han tenido su desarrollo en pleno siglo veinte.

Oscar Fingal O'Flaherty Wills Wilde nació el 16 de octubre de 1854, en Dublín. Hijo de Sir William Wilde, afamado oftalmólogo, y

de Jane Francesca Elgee, escritora que, bajo el pseudónimo de «Speranza», había publicado poemas y prosa. Su familia era irlandesa por todos los costados, hecho que a su madre le causó más de un problema por su ancestral sentido nacionalista.

Wilde se educó en Portora Royal School y en Trinity College de su ciudad natal, destacándose en humanidades. En 1874 ingresó, mediante una beca, al Magdalen College, Oxford, donde sobresalió como el mejor estudiante en griego y latín de su generación. Empezó a publicar poesía en las revistas de Oxford y Dublín y, en 1878, obtuvo el Premio Newdigate con su poema Ravenna.

Después de esta brillante iniciación académica, Wilde, con su talento e ingenio, se destacó rápidamente en el mundo literario londinense como poeta y ensayista, además de conversador y frecuentador de los estrenos teatrales y de la vida nocturna de la capital del Imperio. En 1880 escribe Vera o Los Nihilistas y, al año siguiente, publica su libro Poemas. En enero de 1882 llegó a Nueva York («No tengo, nada que declarar, salvo mi genio»). En su gira por los Estados Unidos recorrió gran cantidad de ciudades dando conferencias para defender al Movimiento Estética que se rebelaba contra la fealdad y la inhumana sordidez del capitalismo industrial. Después de un año vuelve, momentáneamente, a Londres para continuar en seguida a París donde termina su obra teatral La Duquesa de Padua.

En 1884 se casó con Constance Lloyd con quien tuvo dos hijos, Cyril y Vyvyan. Es probable que para ellos escribiera las hermosas narraciones recogidas en El Príncipe Feliz y otros cuentos (1888). 1891, es un año de gran creatividad para Wilde. Publicó su única novela, El retrato de Dorian Gray, donde un hermoso y hedonista joven retiene su juventud mientras su retrato muestra los estragos del tiempo y una corrupción casi abominable. Aparecieron también su colección de ensayos Intenciones, el volumen de relatos El crimen de Lord Arthur Savile y otros cuentos y las narraciones de La Casa de las Granadas. En París escribe en francés el drama en un acto Salomé. Pero 1891 también es el año en que Wilde conoció a Lord Alfred Douglas («Bosie»), el apuesto, inteligente y petulante» hijo del octavo Marqués de Queensberry. Las relaciones con Douglas fueron el origen de la ruina de Oscar Wilde.

En los arios siguientes, Wilde estrenó El abanico de Lady Windermere (1892), Una mujer sin importancia (1893) y Un marido ideal (1895), comedias que alcanzaron gran éxito. En cambio Salomé, que la ensayaba la gran actriz Sarah Bernhardt, fue prohibida por Lord Chambelan por contener personajes bíblicos. Se publicó en 1894 con sugestivas ilustraciones de Aubrey Beardsley. Años después, en 1905, Richard Strauss compuso su famosa ópera basada en este texto.

En febrero de 1895 se estrenó la comedia considerada maestra de Oscar Wilde, La importancia de llamarse Ernesto. En ella abandonó cierto tono sentimental y sentencioso de sus obras anteriores en favor de una línea argumental de auténtica farsa, con un diálogo brillante y una caracterización magistral de los personajes. Pero ese inicio tan auspicioso se ve eclipsado al poco tiempo por Queensberry, quien entabló juicio en contra de Wilde acusándolo de homosexualidad. Fue condenado a dos años de prisión, con trabajos forzados, que cumplió en las cárceles de Holloway, Wandsworth y Reading. Su vida privada y su carrera literaria quedaron arruinadas. La ferocidad con que el país entero se lanzó en su contra, la traición de muchos de sus amigos y los rigores de la prisión lo quebrantaron definitivamente. La pacata sociedad victoriana tomó su venganza. Sin embargo, aún escribió las dos obras que para algunos son las más importantes que produjo: De Profundis (publicada fragmentariamente en 1905 y en edición completa sólo en 1962 con el título de Epístola: In Carcere et Vinculis, carta dirigida a Lord Douglas desde la prisión) y La balada de la cárcel de Reading (1898).

Oscar Wilde quedó en libertad en 1897 y llevó una existencia errante y desventurada. Una infección al oído, contraída en la prisión, se transformó en la meningitis que provocó su muerte en París el 30 de noviembre de 1900. Satisfaciendo su deseo, el día anterior fue

bautizado, convirtiéndose al catolicismo. Sus restos reposan, desde 1909, en el famoso cementerio de Pére Lachaise donde yacen bajo un monumento fúnebre esculpido por Jacob Epstein. Desde allí, Oscar Wilde le sigue penando a los ingleses, en especial a sus críticos literarios, que hasta el día de hoy no quieren aceptar su real valía.

Las novelas cortas El Fantasma de Canterville y El crimen de Lord Arthur Savile fueron publicadas inicialmente en el semanario londinense The Court and Society Review en 1887. Cuatro años más tarde fueron recogidas, en libro, junto a los cuentos «La esfinge sin secreto» y «El millonario modelo». Con este conjunto de relatos sé completa la obra narrativa de Wilde.

Presentan una faceta distinta del talento del escrito irlandés al mostrado en los cuentos contenidos en El Príncipe Feliz y La Casa de las Granadas (Una selección de estos libros está publicada en esta misma colección bajo el título de El Joven Rey), narraciones plenas de lirismo y de imaginación, tan cercanas a los cuentos de hadas. En cambio, tanto El Fantasma de Canterville como El crimen de Lord Arthur Savile se caracteriza por un tono mundano y satírico que prefiguran mucha de las características que tendrán sus comedias posteriores. Incluso algunos nombres de personajes los repetirá como el caso de la chispeante Lady Windermere.

Sin duda que los viajes realizados por Wilde a los Estados Unidos están en el fundamento de El Fantasma de Canterville, cuyo motivo central es una suerte de quimera entre lo antiguo y lo moderno, una oposición entre un mundo que surge y otro que está dando sus último estertores. Por cierto en este enfrentamiento no hay una toma de posición por parte del autor. Como buen irlandés, Wilde satiriza tanto a los pragmáticos norteamericanos como a los tradicionalistas ingleses.

En El crimen de Lord Arthur Savile se observa una especie de mundo al revés. Está presente el viejo y tradicional motivo de los tres deseos, pero visto de una manera burlesca en las peripecias que le suceden al protagonista que insiste en cumplir con su supuesto fatal destino. Sin las dimensiones de Edgar Allan Poe, Wilde sólo pretende una burla más que una tragedia, ironizar un mundo donde la banalidad es la reina de la fiesta. Desde este punto de vista, el primer capítulo - la recepción de Lady Windermere- es realmente brillante. Los avatares posteriores del acongojado Lord Arthur están marcados por su credulidad, por la imposición de los juegos sociales. Pero no sólo la brillantez de la aristocracia victoriana nos muestra Wilde, sino también, de paso, la sordidez y miseria de la vida londinense de los suburbios. Claro que el irónico destino, tan ajeno a la voluntad humana, es el que en definitiva se impone.

Mariano Aguirre

CRONOLOGIA
DE LAS OBRAS DE OSCAR WILDE
(por fechas de publicación)

1878	Ravenna (poema)
1881	Poemas
1882	Vera o Los Nihilistas (drama)
1883	La Duquesa de Padua (tragedia)
1888	El Príncipe Feliz y otros cuentos
1891	Intenciones (ensayos)
	El retrato de Dorian Gray (novela)
	El crimen de Lord Arthur Savile y otros cuentos
	La Casa de las Granadas (cuentos)
1893	Salomé (drama)
	El abanico de Lady Windermere (comedia)
1894	La esfinge (poema)
	Una mujer sin importancia (comedia)
1895	El alma del hombre en el socialismo (ensayo)
1898	La balada de la cárcel de Reading (poema)
1899	Un marido ideal (comedia)
	La importancia de llamarse Ernesto (comedia)

PUBLICACIONES POSTUMAS

1905	De Profundis (fragmento de epístola)
1908	Reseñas y Misceláneas
1924	Epístola: In Carcere et Vinculis (fragmentos)
1962	Correspondencia

Epístola: In Carcere et Vinculis (edición completa)

INDICE